PLACER

Poesía / Literatura / Arte / Conocimiento / Erotismo / Rarezas

Nº 4, otoño 2016

PLACER ES:

Placer es la revista de la asociación La Mordida Literaria. Placer es supernumeraria, de milagros vanos, de mutaciones insolventes. Placer arde como leña de encina en el frío invierno, en una vieja chimenea que se ve por televisión. Placer sobreadjetiva y subactúa. Placer es una ventana indiscreta desde la que se dispara discriminadamente. Placer aligera su imagen para ultrapesar su contenido. Placer es la vaselina que ayuda a la dolorosa penetración que es el conocimiento. Aunque en verdad, Placer es más de brujas y de escobas untadas de belladona insertadas en sus partes íntimas. Placer es por tanto, y además, midriática. Placer es nihilista, sobre todo en primavera, viendo atardecer con las pirámides al fondo. Placer es, que ya es algo. Placer reinvierte sus beneficios en jóvenes promesas y sus perjuicios en viejas decepciones. Placer es, en retrospectiva, portentosamente sorprendente, de azares nobelísticos inescrutables. Así, Placer es —ha resultado ser— mucho más conservadora y menos extravagante que la academia sueca: aquí Borges, Tolstoi y Kafka sí tienen su número. Placer se quedó fumando y mirando el techo con cara de boba, un largo rato, tras yacer con el monstruo beat. Placer es un golem ardiente de papel maché. Placer es castrarsis colectiva, pánico en el bungaló, filos no del todo limpios creando eunucos no del todo sucios. Placer maúlla por las noches. Y si puede, araña; tengan siempre cuidado cuando transiten por las calles oscuras. Placer goza de una salud de hierro, de un dinero de mierda y de un amor implacable. Placer carece de copia de seguridad. Placer, exponencial como un virus suicida, llega por sorpresa al cuarto número del primer año de la última vida.

PRÓLOGO

Tiene usted ante sus tristes ojos el cuarto número de Placer y, como taoísta atropellado por el yang en su búsqueda del yin, no haría falta recordarle que el uno engendra al dos, el dos al tres y el tres a las diez mil maravillas. Pero se lo recordaremos, y que nos aspen si no lo tienen merecido. En realidad lo que nos apetece, más que prologar, es increpar al vacuo lector de semejante revista. El hecho, porque nos consta, que esta revista (sí, se repite la palabra revista, y más que se repetirá) no sea leída en su totalidad salvo por las mentes más brillantes de nuestra generación (famosamente destruidas) nos incita a plagar este número de comentarios faltones. En fin. El pequeño Kafka, el enfermizo Kafka es aquí arrojado contra usted. Nuestra cuota de minorías; ya podemos borrar a los judíos, que diría el poeta, de la lista de cosas por hacer. Hay menos páginas, porque Kafka se merece menos páginas, pero no por judío (esta revista es de un racismo puro que asusta, ya que desprecia a todas las razas por igual), sino porque Kafka es un tostón. Fue un tostón como hijo, como hermano, un amante despreciable y, lo que nos ataña, un escritor que alcanzó el tostón desde sus primeros años y no lo abandonó hasta su esperada muerte. Ahora tenemos que soportar a cientos de idiotas diciendo que esto o lo otro es kafkiano, y aunque no fuera esa su intención a la hora de ponerse a escribir (de eso se encargaron otros idiotas) nosotros lo consideramos un homicidio imprudente. Pobre Kafka, arrastrando sus zapatos por el gueto de Praga. Vapuleado por su hipocondría. Farfullando chistes entredientes. Haciendo Literatura por las noches en casa de sus padres. Qué pesado el pequeño judío escribiendo una y otra vez el mismo cuento...

¿Y qué más? Pues que estamos muy contentos con esta experiencia que es hacer una revista. Y nos sentimos con fuerza para seguir con este ilusionante proyecto que tantos buenos ratos nos está reportando. Esperamos seguir indagando en la vida de los grandes escritores, como nuestro admirado Kafka, que tanto nos han ayudado en los momentos difíciles que toda persona tiene que pasar en su vida. Nos gustaría, deseamos, pues esa es la única intención de la revista, llenar los corazones y las mentes de nuestros queridos y fieles lectores, y a su vez agradecerles sus valiosos consejos, que nos ayudan a mejorar en cada nueva entrega. La literatura, el arte en general, es capaz de producir tanto amor que nuestra salvación pasará por sus manos, sin lugar a dudas. Nosotros, humildemente, sólo queremos sumar nuestro granito de mierda, perdón, de arena, y hacerlo de la mejor manera posible. Esperamos de corazón que le guste este número dedicado al genio de Kafka, todo nuestro esfuerzo y buena intención va en ello.

KAFKA

Franz Kafka nació en julio de 1883 en Praga, que por aquel entonces formaba parte del Imperio austrohúngaro (ver *Kafkanario* más adelante). Judío de origen checo, su padre había conseguido mejorar su posición social al casarse con su madre, perteneciente a la burguesía judeoalemana. Eso permitió a la familia mudarse cerca pero fuera del gueto judío de Praga (Josefstadt, en *Kafkanario* también) y al pequeño Franz asistir a prestigiosos colegios alemanes. Así pues, habló checo y alemán desde pequeño, aunque su obra la desarrolló en alemán. Tuvo dos hermanos que murieron prematuramente, y tres hermanas, las cuales perecieron durante el Holocausto nazi. Bajo la férrea supervisión de su padre acabó los estudios de bachiller en 1901 y tras probar varias opciones (química, historia del arte, filología) su padre lo obligó a estudiar derecho. Ya en su época adolescente se conoce su afición por la literatura, y durante la carrera participó en actividades literarias, pero fue al terminar los estudios (1906) y al entrar a trabajar de forma estable en una compañía de seguros (1908) cuando empezó a dedicarse con más interés a la literatura. Esto se debía a que su trabajo le dejaba bastante tiempo libre y a su escasa ambición profesional. Eso sí, era un trabajador meticuloso y puntual, lo que le mereció ascensos en su puesto. En todo caso, su carrera se vería truncada por sus problemas de salud: ya no había sido movilizado durante la primera guerra mundial debido a su débil salud, en 1917 se le diagnosticó tuberculosis, y a partir de 1920 pasaría gran parte de su tiempo en sanatorios. En 1912 se dio a conocer como escritor con un libro de 18 relatos titulado *Contemplación*, en 1915 publicó su célebre *La Metamorfosis*, y en 1919 las historias que componen la obra *Un médico rural*. Aunque sus obras tuvieron una buena acogida entre otros colegas escritores (por ejemplo Musil o Rilke), no tuvo un gran éxito de público, y las tiradas pequeñas no le permitieron vivir de la literatura. Sus otras obras más conocidas, *El castillo* o *El proceso*, aparecieron póstumamente. Falleció en Praga en junio de 1924, justo un mes antes de cumplir 41 años.

Amigos y mujeres: Franz Kafka era una persona introvertida, lo que contrastaba con la fuerte personalidad de su amistad más importante y eventualmente albacea: Max Brod, también escritor y crítico literario y que sí alcanzó la fama en vida. Se conocieron en la universidad y desde entonces fueron amigos hasta la muerte de Franz. Otra amistad destacable es la que trabó en 1907 con Yitzchak Lowy, un actor de teatro yiddish de origen polaco. Esta amistad es de importancia ya que generó en Kafka un interés por la mística y religión judías. Cabe destacar que la familia de Kafka no era muy practicante, y su padre apenas llevaba al pequeño Franz a la sinagoga, pero a partir de su amistad con el actor se interesó por el sionismo, planteándose incluso emigrar a Palestina. Lowy murió en Treblinka en 1942.

Aparte de la importancia de sus hermanas en su vida, su mencionada personalidad introvertida no le impidió trabar relaciones con diversas mujeres, aunque el desarrollo de las mismas siempre estuvo cargado de complicaciones. A Felice Bauer la conoció a través de Max Brod, tuvieron una relación de noviazgo compleja e incluso llegaron a estar prometidos, su correspondencia está recogida en *Cartas a Felice*. Su relación se rompió definitivamente después de cuatro años, en 1917. Poco después, durante su estancia en un sanatorio conoció a Julie Wohryzek, de la que se enamoró profundamente. En este caso fue su padre, al que no gustaba la extracción social no burguesa de Julia y que todavía mantenía una gran influencia sobre el escritor, el que imposibilitó su relación. Esta oposición fue una de los detonantes de su obra *Carta al padre*, escrita en 1919, en el que critica su actitud abusiva e hipócrita. Cabe mencionar que el destinatario no llegó a leer el documento. En cualquier caso, en 1920 Franz ya tenía su corazón en otro sitio, en concreto en la traductora y periodista Milena Jesenská, que le había escrito para interesarse por la traducción de su obra al checo. De nuevo durante dos años Kafka produjo unas cartas de gran valor literario y emotivo (*Cartas a Milena*), pero de nuevo fue un amor frustrado: Milena estaba casada. De hecho, Kafka y Milena solo se encontraron en un par de ocasiones. Milena también falleció en la primera parte de la década de los 40. Sí, también en un campo de concentración. Finalmente, en 1923, conoció en un balneario a la jovencísima y vital actriz de origen polaco Dora Diamant, el gran amor que había anhelado siempre, y que le devolvió brevemente la esperanza. Sin embargo la enfermedad estaba ya muy avanzada. Junto con Max, Dora estuvo presente el día de su muerte, y guardó algunos cuadernos y cartas de Franz, pero le fueron confiscados por la gestapo y aún hoy se buscan. ¡Al menos ella no acabó en un campo de concentración, ya que consiguió huir justo antes de la invasión alemana de Polonia!

CUESTIONES MÉDICAS

Kafka tuvo la oportunidad, en su corta vida, de experimentar un gran abanico de dolencias más o menos serias. A lo que cabe sumar una hipocondría galopante, conformando todo ello una historia clínica de lo más barroca y con una influencia aplastante en la vida del autor. La enfermedad y Kafka se tornan indiferenciables, hasta el punto que puede afirmarse que nunca fue una persona con una enfermedad (o varias) sino un enfermo integral. De constitución escuálida, desde niño odió su cuerpo y se vio atrapado en el estereotipo judío: patas de gallina, pecho débil, cierta cobardía, énfasis en el intelecto a expensas del cuerpo. Complejos que degeneraron en neurosis e ideas de suicidio, que somatizaba en fuertes migrañas. Súmenle constipados reiterativos y poca tolerancia al ruido, todo ello afectando sobremanera sus nervios. Durante toda su vida siguió programas de higiene, dietas y cursos de preparación física para intentar compensar esa autoconsciencia de enfermo. Al contraer tuberculosis, su última enfermedad seria, hizo la ruta de los balnearios de Centroeuropa. Kafka demostró una dedicación digna de un héroe a la propia decadencia y enfermedad, sublimándola a través del regodeo y el martirio literario.

PLACER

En esta entrega de *El circo de las opiniones* volveremos al esquema clásico de la sección; consideramos excesivo aplicar el mismo tratamiento que se le dio a la generación beat, pues percibimos que demostrar que Kafka no es kafkiano a través de sus opiniones, cosa más que probable, no sería legal mentalmente. Así pues, con ánimo infatigable perseveramos en la idea que conocer a un escritor a través de sus opiniones es una majadería sólo superada por la de intentar conocerlo a través de las opiniones de los demás.

EL CIRCO DE LAS OPINIONES

Y si volvemos a los esquemas clásicos, qué mejor que empezar con nuestro padrino Borges, en cuya tela de araña cayó Franz Kafka y su obra. Borges no sólo escribió numerosos artículos y ensayos donde analizó los elementos recurrentes en la obra de Kafka y su influencia en la literatura del siglo xx, sino que también tradujo parte de su obra y prologó algunas de las ediciones en castellano. La presunción de buenas palabras es correcta, sirva de ejemplo este fragmento del prólogo a la novela *América*: «El destino de Kafka fue transmutar las circunstancias y las agonías en fábulas. Redactó sórdidas pesadillas en un estilo límpido. No en vano era lector de las Escrituras y devoto de Flaubert, de Goethe y de Swift. Era judío, pero la palabra judío no figura, que yo recuerde, en su obra. Ésta es intemporal y tal vez eterna. Kafka es el gran escritor clásico de nuestro atormentado y extraño siglo».

El bueno de Nabokov tampoco se quedó corto en sus elogios al judío flacucho: «Es el escritor alemán más grande de nuestro tiempo. A su lado, poetas como Rilke o novelistas como Thomas Mann son enanos o santos de escayola». Dada su cualidad como entomólogo, Nabokov también hizo un pequeño estudio sobre en qué animal se convierte Grerorio Samsa en *La metamorfosis*, llegando a la conclusión que no es una cucaracha sino un escarabajo pelotero, dato que no aporta gran cosa más allá de la utilidad para encofrar el circo de las opiniones.

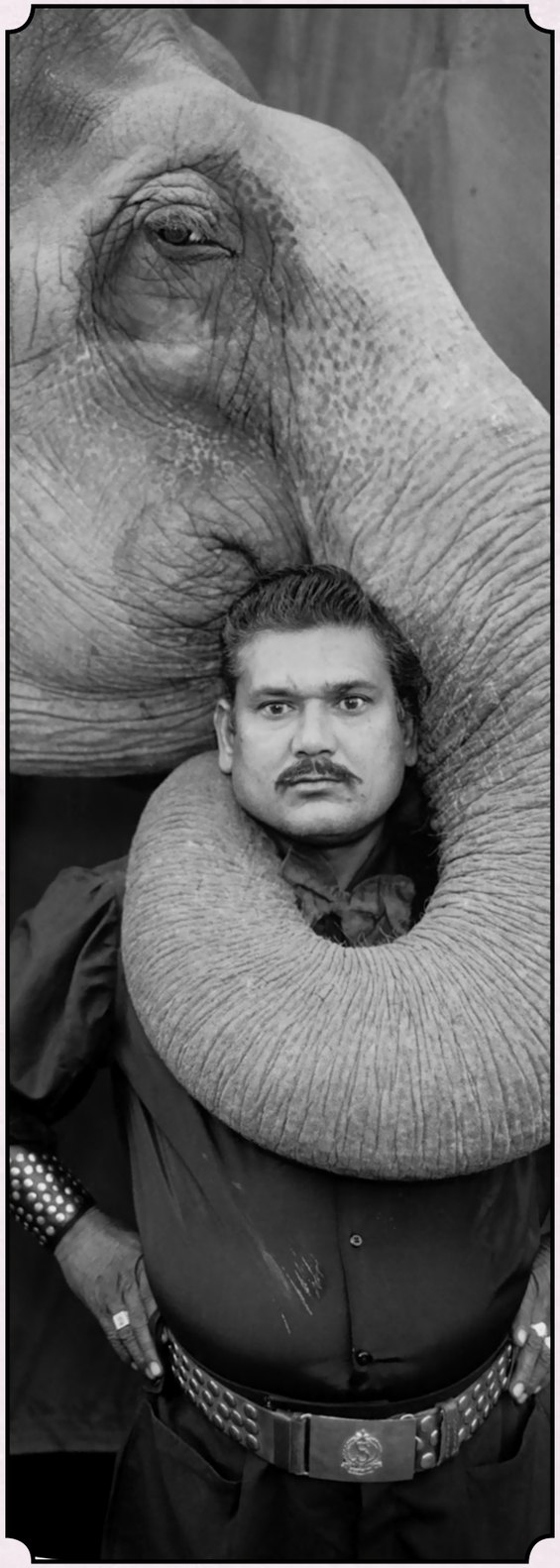
Eduardo Mendoza, en su conferencia *Teoría general de la novela*, comentó: «Kafka era un mal escritor; y él lo sabía». La rotundidad del titular del escritor catalán se apoya en la correspondencia del autor checo, donde éste se lamentaba siempre de tener en sus manos un principio brillante mientras que la continuación era «un tremendo dolor por el hecho de no saber qué hacer con ese principio». Envalentonado por dicha referencia, Mendoza ahondó en la herida: «¿Cuántos han leído *El castillo*, *El proceso* o *La metamorfosis*? Muy pocos levantarían la mano. ¿Por qué Kafka era mal escritor? Pues porque no tenía sentido de la narración. Empezaba *El proceso* diciendo: "A Joseph K. lo condenaron y no sabía por qué". Hombre, así no se empieza un libro; así se acaba».

A Gabriel García Márquez, Kafka le influyó sobremanera: «una noche entré al cuarto de la pensión de estudiantes donde vivía... tenía un amigo que leía mucho y me pasó un librito amarillo y me dijo: "léete eso", yo leía mucho, leía todo lo que me caía en las manos y abrí esto y decía: "una mañana Gregorio Samsa se encontró convertido en un gigantesco insecto". Yo lo recuerdo como si me hubiera caído de la cama en ese momento y fue una revelación, es decir, si esto se puede hacer, esto sí me interesa. Yo antes de eso, probablemente había pensado que eso no se podía hacer a pesar de que me había tragado completitas *Las mil y una noches*. Pero aquí había una cosa importante que era de método, ése era un método para contar una cosa que yo no lo tenía. Fue una verdadera resurrección, de ahí me levanté a escribir mi primer cuento, el primero que se publicó, *La tercera resignación*, que se publicó en *El espectador*, lo escribí a partir de esa lectura y a partir de ese momento todas mis lecturas se orientaron en ese sentido que era en la novela contemporánea, y ahí me quedé, todavía no he logrado salir».

Su compatriota Milan Kundera (hasta 1981, ya que en esa fecha adquirió nacionalidad francesa), hizo un análisis bastante intenso en su *Arte de la novela*, de las relaciones del autor con los centros de poder modernos, tanto sociales como personales, amén de forjar el término kafkiano a base de un uso abusivo de dicho término.

Por otra parte, de Kafka, tras un arduo trabajo de investigación por el cual nunca seré recompensado, no se guardan muchas opiniones sobre otros escritores, más allá de la siempre presente influencia de Dostoievski en sus obras (¿qué escritor no ha sido influenciado por Dostoievski?). En Kafka casi todo es posterior a él, su tumba sigue ampliándose a base de estudios de su obra que proliferan por doquier. Albert Camus también le dedicó sesudas investigaciones, publicadas en *La esperanza y lo absurdo en la obra de Franz Kafka*, y cuando digo sesudas me refiero a unos sesos de cabrito secándose al sol sobre una tabla de madera. Lo que sí ha llegado a nuestros tiempos son las opiniones de Kafka sobre él mismo, que ahora, desprovistas del presente, dibujan una caricatura de su memoria. Por ejemplo: «¿Yo qué soy? Un hombre infantil, débil, enfermizo, taciturno, insociable, triste, rígido y desprovisto de esperanzas» o «Soy una persona retraída, callada, insociable y descontenta». Sabido es que antes de su muerte comunicó a su amigo y albacea Max Brod que destruyera toda su obra y correspondencia, cosa que este último no hizo, ejecutando así una magistral pirueta que consumó la traición y el absurdo definitivo sobre la persona de Kafka. Releyendo la correspondencia publicada y las cosas que dice, no es de agradecer a Brod tal acción. Leemos, pues, cosas como: «A veces me gustaría meter a todos los judíos, yo mismo incluido, en el cajón de la ropa y esperar; y luego abrir un poco el cajón para ver si ya se sofocaron todos; y si todavía queda alguno, volver a cerrar el cajón y seguir así hasta el final». Si crees que mirar la bandeja de entrada de tu mail es cansino, imagínate lo que sería recibir cartas de Kafka asiduamente.

Conocerlo no parece del todo difícil, él mismo se enfundó en el arquetipo del pozo (no sé si existe tal arquetipo) facilitando las cosas sobremanera. Conocer a Kafka mal es muy sencillo, y así lo demuestran estas opiniones que hemos escogido un poco como el que pesca con dinamita.



PLACER

KAFKANARIO

INTRODUCCIÓN AL CONTEXTO VITAL DE K.

Imperio austrohúngaro

Franz Kafka nació en 1883 en el Imperio autrohúngaro, pero murió en 1924 en Austria. ¿Qué pasó con ese imperio? Para empezar, como imperio no tenemos que pensar en el Imperio romano, sino que era un imperio más modesto, aunque llegó a ocupar territorios que hoy pertenecen a 13 estados europeos del centro y este de Europa: entre ellos, obviamente, la República Checa, cuna de Kafka. Tampoco fue un imperio muy longevo, se formó en 1867 y se acabó, como muchas cosas, con la Primera Guerra Mundial. Lo de imperio lo pusieron los austriacos, ya que Hungría era un mero reino. Resumiendo, la cosa fue más o menos así: los húngaros eran europeos (cristianos) desde tiempos inmemoriales, pero al estar tan al este siempre se vieron amenazados por las fuerzas musulmanas, que por el este desde la Baja Edad Media y hasta bien entrado el siglo XIX, eran básicamente los turcos, más conocidos como el Imperio otomano (un imperio grande, de los buenos). Las tensiones llegaron hasta el punto que en el siglo XVI se llegó a crear el Principado de Transilvania, de cultura húngara pero supeditado a los turcos. Cuando al fin los germánicos fueron echando a los turcos, los húngaros intentaron independizarse, pero no lo consiguieron. A todo esto, el Sacro Imperio Germánico (otro imperio nada desdeñable, también conocido como Primer Reich) se iba desintegrando en múltiples reinos, entre ellos los más importantes el Imperio austriaco y Prusia. Estos se enzarzaron en una guerra, que ganaron los segundos, convirtiéndose en el estado hegemónico del Imperio alemán o Segundo Reich (el Tercer Reich ya es de todos conocidos y por suerte ya fue después de Kafka). Entonces, lo húngaros aprovecharon que los austriacos estaban vencidos no para independizarse, sino para ofrecerles un pacto de igualdad. Así pues, en 1867 se firmó un compromiso por el que el soberano gobernaba como emperador de Austria sobre el oeste y el norte, así como rey de Hungría. No existía una ciudadanía común ni un único pasaporte para los habitantes del Imperio, que podían ser austriacos o húngaros, pero no ambos. En ese contexto nació Kafka, dentro de la zona germana. El Imperio autrohúngaro no tardó en aliarse con sus afines alemanes, y como por el norte, este y oeste ya había muchos imperios, empezaron a intervenir hacia el sur, es decir, los balcanes. Esto no agradó mucho a los serbios (no olvidemos que eran pueblos eslavos, es decir, muy amigos del Imperio ruso, otro imperio de esos que quitan el hipo). Entre los conflictos, por ejemplo, estuvo la anexión de Bosnia-Herzegovina por parte de los austrohúngaros. En su capital, Sarajevo, los serbios asesinaron al heredero del Imperio, Franz Ferdinand, que fue la chispa de la Gran Guerra.

Asquenazí

Kafka pertenecía a una familia judía asquenazí. Desde la diáspora, el pueblo judío se extendió por todo el ancho y largo del planeta, muchas veces como minoría étnica/religiosa. Así como a los que habitaron la península ibérica se les conoció como sefardíes, a los que se asentaron en Europa central se les denominó asquenazíes. Entre otras características propias, desarrollaron un idioma, el yiddish, también conocido como judeoalemán. Kafka tuvo como lengua materna el alemán, dadas las aspiraciones sociales de sus padres (el yiddish no estaba bien visto). Sin embargo, a lo largo de su vida se interesó por la literatura y el teatro yiddish.

Josefov

Los judíos asquenazíes de Praga vivieron durante siglos en un barrio aislado del resto de la ciudad, conocido como el gueto de Praga. Ya en el siglo XI los judíos empezaron a ser objetos de pogromos, y se les obligó a habitar un barrio amurallado. En el siglo XIII se construyó la famosa sinagoga Nueva-Vieja, la más antigua de Europa, y en cuyo ático cuenta la leyenda que aún se encuentran los restos de la mítica criatura Golem. A partir del siglo XVI, el gueto empezó a prosperar y llegó a ser la zona con más densidad de población del centro de Europa. En el siglo XVIII, con el emperador José II (del Sacro Imperio Germánico, lo del Primer Reich y eso) se abrió un período de tolerancia, en que los judíos fueron emancipados y se les permitió abandonar el gueto, que debido a tal emperador pasó a llamarse Josefov en 1850 (Josefstadt en alemán) y pasó a incorporarse oficialmente a Praga. Las condiciones de vida en el gueto seguían siendo duras, con un grado alto de mortalidad, construcciones anticuadas y calles sinuosas. Por ello, gran parte del barrio fue demolido entre 1893 y 1913. Al final de las obras quedaron en pie seis sinagogas, el cementerio y el antiguo ayuntamiento. Kafka nació en Josefov diez años antes y debió vivir esta transformación. Lo que podemos visitar hoy del barrio judío debe su buen estado de conservación, paradójicamente, a Hitler. Fue el líder nazi el que decidió hacer de Josefov el «Museo de la raza desaparecida». Gracias a esta idea, se han recolectado aquí objetos valiosos procedentes de sinagogas de los países ocupados, llegándose a formar la más grande colección de objetos judíos de Europa.

Tuberculosis

La tuberculosis es una de las enfermedades infecciosas más antiguas conocidas (el mismo Hipócrates la describió). Las grandes migraciones del campo a la ciudad, la masificación y la falta de higiene la convirtieron en un serio problema de salud pública en el mundo occidental entre el siglo XVIII y XIX. Además, era una enfermedad mitificada por el mundo romántico, asociada a la vida bohemia. Y por si fuera poco, el estado febril estimula la actividad intelectual y creadora del portador. Su tratamiento en sanatorios a gran altura propicios al ensueño fue la guinda del pastel... El asunto empezó a perder mística cuando a finales del XIX Robert Koch describió por primera vez el *Mycobacterium tuberculosis* (que en su «honor» se llama también bacilo de Koch). Suele infectar los pulmones (aunque también otros sistemas fisiológicos), donde se hace fuerte y puede quedar latente, esperando algún momento en que el portador se encuentre más bajo de defensas para volver a activarse. El desarrollo de antibióticos permitió controlar más o menos la enfermedad. Bueno, controlar relativamente, y en países desarrollados (hoy día en algunas zonas de Asia y África la tuberculosis está ampliamente extendida). No creemos que el bacilo sea consciente de la profesión de los humanos que infecta, pero la lista de escritores que han padecido, o que han muerto por tuberculosis

→

PLACER

es amplia: Kafka sucumbió a los 40 años en un sanatorio cerca de Viena; pero la cosa no se queda ahí ni mucho menos: Edgar Allan Poe, Bécquer, las hermanas Brönte (¡las tres!), Antón Chéjov, Walt Whitman, George Orwell, Miguel Hernández... Sospechoso, ¿no creen? Desde PLACER nos inclinamos a pensar que en su día fue un arma bacteriológica usada a discreción contra escritores por una maligna secta antiliteraria.

Expresionismo

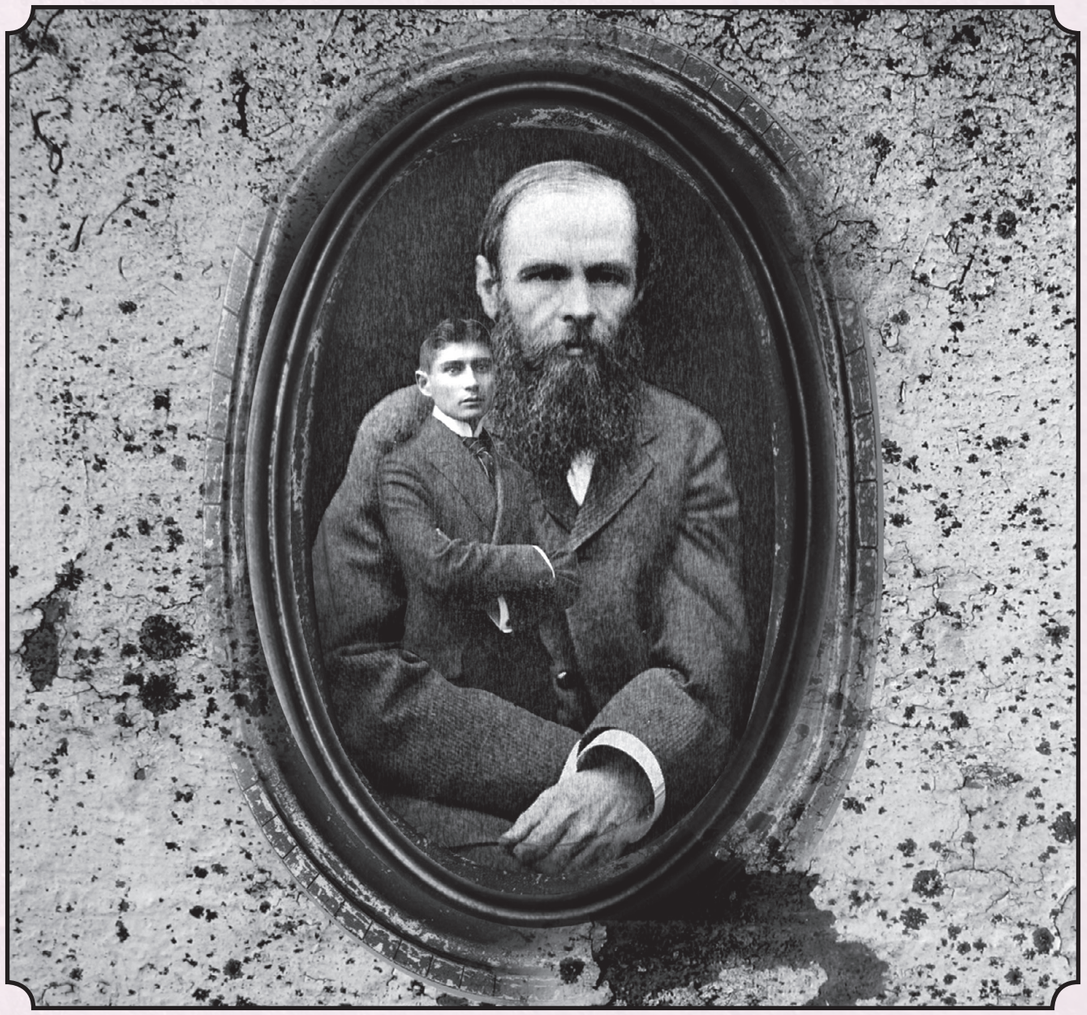
El estilo de Kafka ha sido asociado al expresionismo, un movimiento cultural surgido en Europa central a principios del siglo XX, que se plasmó en un gran número de campos artísticos. Resumiendo mucho (o sea tirando de Wikipedia): «El expresionismo suele ser entendido como la deformación de la realidad para expresar de forma más subjetiva la naturaleza y el ser humano, dando primacía a la expresión de los sentimientos más que a la descripción objetiva de la realidad». La idea de expresionismo que tenemos nos llega mayormente por la pintura. ¿Cuántos editores no habrán estado tentados de ilustrar las portadas de las obras de Kafka con *El grito de Munch*?

Existencialismo

Supongamos que usted pertenece a una asociación literaria, por ejemplo La Mordida, conoce a otros socios de la misma, hablan y deciden montar una revista literaria. Discuten sobre el tema y van acordando cosas, un título que enganche, por ejemplo PLACER, que se trate a un autor por número, que los números sean trimestrales, que haya tales o cuales colaboraciones, etc. Así pues, la esencia de PLACER queda determinada antes de su existencia. Lo mismo pasa con el resto de las cosas que el hombre crea: por ejemplo una obra literaria. El autor la medita, la piensa, y luego la ejecuta; incluso en el caso que no la tenga del todo meditada cuando se pone a escribirla, lo que está claro es que la novela ya está en la mente del escritor antes de existir. O construir una casa, con su proyecto y sus planos antes de que el albañil la levante; o decorar un piso; o mandar un cohete a la luna; o todas las cosas que han sido producidas. Somos como dioses, que primero imaginamos las cosas, conformamos su esencia, y luego las creamos, les damos existencia. Pero, ¿y nosotros mismos? ¿Y el ser humano? Un hombre o una mujer nacen y ya existen, sin embargo su esencia no está determinada aún, puede que esa persona se convierta en escritor, o en científico, o en pintor, o en profesor, o en albañil… Es más, puede que se convierta en un ser avaricioso o generoso, inteligente o estúpido, amable o arisco, querido o odiado, apacible o envidioso; e incluso puede ser un atleta o un sedentario, gordo o flaco… Puede incluso decidir el día y hora de su muerte, puede incluso dejarlo todo ahora mismo, dejar de leer esta revista, levantarse y huir a un lejano país. En definitiva, el ser humano es el único elemento en el universo en que los términos se han invertido, en que la existencia precede a la esencia. Ya está, eso es el existencialismo. Me imagino que ahora mismo tendrán unas cuantas preguntas al respecto, pero esto no es un tratado de filosofía y me temo que de las respuestas a todas esas preguntas ya se encargaron Kierkegaard y Sartre de irlas desmenuzando. Simplemente dos cuestiones fundamentales: la primera es que obviamente el existencialismo parte de la absoluta negación de Dios (no es de extrañar que esta corriente filosófica se empezara a fraguar en el siglo XIX, y llegara con fuerza al siglo XX) u otra fuerza de la naturaleza que nos determine. Especialmente de la clásica visión judeocristiana de un Dios creador, ya que de existir ese Dios, el ser humano también sería esencia antes que existencia. La segunda, derivada de la primera, y la más importante a efectos prácticos: puesto que no existe ese Dios y como hemos dicho la persona es un lienzo en blanco, ya es existencia y hay que darle una esencia, es el mismo ser humano el dueño de esa existencia y el responsable de conseguir la esencia. Responsabilidad es tal vez la palabra más incisiva asociada al existencialismo. Dado que es libre (este concepto también tiene tela, pero lo vamos a dejar por ahora), el ser humano es continuamente responsable de sus actos, de la transformación de su vida y su entorno. Toda decisión debe ser tomada de forma responsable… Todo esto va llevando a más y más lugares para la reflexión: por ejemplo, dado que vamos conformando nuestra esencia mientras vamos tomando esas decisiones que conforman nuestra vida, dado que ya existimos previamente, no hay en realidad decisiones correctas o equivocadas, siempre y cuando se tomen de forma responsable... Aquí debemos parar de filosofar, antes que entremos en un bucle existencialista. ¿Y Kafka? El autor checo es tildado sin ambages de existencialista, incluso de emblema del existencialismo. Podemos dar unos apuntes del porqué: primero, la angustia, la mítica angustia que generan sus escritos, que no es más que la angustia del ser humano desamparado ante su propia existencia; segundo, el individualismo de sus personajes, solos ante la vida y los acontecimientos; y tercero, lo absurdo de esos acontecimientos y demás contextos que rodean al ser humano, que lo hacen reflexionar continuamente sobre su existencia. Aquí acaba esta pequeña Kafkapedia. Ya viajen por Austria o Hungría, sean asquenazíes o vivan en oscuros barrios, estén enfermos o sanos, les guste el expresionismo o sean más de impresionistas, lean a Kafka y vayan por el mundo cargando de esencia su existencia.

EL CRIMEN Y EL CASTIGO

No estoy seguro de si fue antes o después de hablar con nuestro estimado Lou Flanagan McCloud; por cierto, otro de los nuestros que firma con dos apellidos, aunque seguramente su elección no sea tan presuntuosa como la de cierto miembro del iluminado y a la vez entrañable Consejo Editorial. Igualmente, estoy prácticamente seguro que lo discutí con él. El problema, como siempre, es que cuando anochece, más que hablar maullamos, y así la conversación es insostenible a la vez que incomprensible. En fin, el asunto surgió lidiando (seguramente con Mr. Flanagan, como decía) acerca de si el *Brazil* de Terry Gilliam contiene o no algunos elementos kafkianos, hecho que por cierto Lou negaba casi tajantemente. De forma un poco conservadora, la verdad; porque sí, está claro que hay más del *Big Brother* de Orwell, pero yo creo (y de hecho hay un artículo en este número que demuestra claramente que no soy el único) que también hay mucho de nuestro Kafka. ¿O no es ciertamente característico del imaginario del escritor checo el hecho de que un error informático causado por un insecto sea la causa absurda de dictar una pena de muerte? O que el protagonista se enrede en un sistema burocrático incomprensible… En fin, otra vez. Ya me estoy enmarañando entre paréntesis sin ni siquiera presentar el motivo (o rationale, si conservamos el inocente y festivo proamericanismo de nuestro último número; o bien regresamos a Borges y a su amor desenfrenado por la lengua inglesa) de este artículo. Hecho, por otra parte, al que seguramente ya están acostumbrados (siempre que hayan superado alguna vez la decimoctava o vigesimosexta línea de este tipo de narraciones dislocadas). Bueno, que en algún momento de la disputa felina surgió otra similitud controvertida que nos llevó a una acalorada conversación. Primero, sin embargo, nos desviamos de nuevo, disertando y postulando con pretendida vehemencia entre los efluvios de la cerveza acerca del componente humorístico de la obra de Kafka. Esta no puede entenderse sin su humor inherente, concluimos. M., que también estaba de cuerpo presente, aunque su mente flotara en el humo más psicotrópico, justamente recordó que cuando el joven escritor mostraba sus relatos a sus amigos, éstos se partían de risa. Así que, ya sea como una broma de gran calado, o bien como un ejercicio de intelecto prodigioso (y humor trastornado), la cuestión que nos encendió radica en elucidar si algunos de sus escritos, sobre todo *El proceso*, están basados, o se fundamentan, o incluso plagian una de las más grandes obras de la historia de la literatura, esto es, *Crimen y castigo*, de Dostoievski. Los argumentos argüidos por uno y otro contendiente no van a ser reproducidos, básicamente porque son sólo combinaciones aleatorias de las pocas letras que conforman el salmo felino recogido en el gran poema perdido de la generación beat *Maullido*, es decir, MIAU, todo ello entre gruñidos y arañazos. Tampoco los recuerdo, la verdad. Pero en la nebulosa que orbitaba sobre mi mente al despertar unas pocas horas después, recordé fugazmente que había cometido más de un crimen literario la noche anterior, y que merecía un castigo. Éste consistiría en depurar mi culpa escribiendo para Placer. Para ello, limpié mi mesa de trabajo y deposité en ella el voluminoso volumen del maestro de las letras rusas junto al más liviano libro de bolsillo (*El proceso*, claro) que precisamente había comenzado a leer de nuevo unos días antes. ¡Qué pereza! —pensé apáticamente—. Casi mejor que vaya a buscar un poco en la red a ver si alguien ya ha hecho este trabajo (esto ya había funcionado con *Brazil*, justamente) y puedo dormir unas horas más. Y ciertamente, cómo no. Simplemente con dos o tres clics llegué a un más que interesante ensayo publicado por un escritor colombiano, Guillermo Sánchez Trujillo. Ya lo hemos mencionado anteriormente: «Placer es una ventana indiscreta para disparar discriminadamente». O: «No es aquí donde encontrarán los artículos más sesudos». En síntesis, dicho ensayo está a su disposición en la red. Y también de forma conclusiva, de nuevo mi carrera como redactor de originalidad singular (aunque esta vez cabe reconocer que de forma voluntaria) se vio prematuramente truncada al chocar frontalmente con el conocimiento infinito e inabarcable siempre disponible gracias a las nuevas tecnologías. Por otra parte, cabe resaltar sobremanera que profanando de forma tan cobarde lo que pretendía ser un artículo de inefable erudición, me dispongo ahora a recibir el más justo de los castigos: ser señalado a la vista de todos como un mero (o merluzo) pseudointelectual de pacotilla, incapaz de elaborar por sí mismo el más mínimo contenido propio. Me autoflagelo, sin embargo, con Placer, navegando y divagando en el absurdo, una ínfima partícula browniana perdida en el universo. Además, por suerte aún quedan los bares, lugares de tolerancia extrema donde la ilustración y la necedad pueden fusionarse y convivir felices para siempre. ¡Miau!



DÉJALO PARA MAÑANA...

UN ANÁLISIS PARCIAL E INCONCLUSO SOBRE LAS NOVELAS DE KAFKA

"Todo el arte de Kafka consiste en obligar al lector a releer"
Albert Camus. El mito de Sísifo

Una de las cosas que más me gusta de formar parte de un jurado literario es leer desprovisto de condicionantes, de "conocimiento previo", de prejuicios, casi como cuando muy muy joven me asomaba a la lectura de un libro de Kafka, Melville o Steinbeck sin imaginar qué podía encontrar, ir avanzando y descubriendo un autor, una voz, un discurso, una ética, esos factores que harán de un narrador cualquiera un clásico de la literatura universal. Aunque en el caso que nos ocupa, Kafka, el autor nunca haya llegado a acabar una novela. Es aquí donde el prefacio de Camus adquiere un sentido doble, un plusvalor, ya que no es la ausencia de desenlace lo que motiva la relectura de estas novelas, si no la necesidad de interpretar los símbolos que en ella se encuentran y que en muchos casos acaban superando (esto se ve con los años, claro) inclusive a quien los emplea y coloca en su boca (o en su obra, en esta ocasión) más cosas de las que quiere expresar. El símbolo provoca al lector y le invita a volver una y otra vez al texto; y en el caso de Kafka, le ayudan a acercarse a ese objetivo que el autor se había marcado: demostrar la tragedia de la vida cotidiana. Lo absurdo que suele ser lo aparentemente lógico, así como lo que se oculta detrás de ello, más absurdo aun.
Entonces aquí podemos formularnos la pregunta del millón: ¿Por qué Franz no acabó nunca ninguna novela, si a priori, su intencionalidad es indiscutible? ¿Será por su espíritu corrector? ¿Perfeccionismo? ¿Incapacidad para salir de su propia trampa: esa relectura? ¿Habrá sido quizás la búsqueda de la verdad su principal problema para que estas aventuras, en principio simples e inquietantes, arrastren a esos personajes temblorosos y obstinados en la prosecución de una causa que ellos mismos no pueden formular? No es la intención de esta nota desvelar este misterio (inescrutable por antonomasia), sino intentar encontrar en esa simbología y entre sus tres novelas, esas coincidencias que hacen de Kafka un clásico de la literatura... inconclusa.
Por no disparar en todas las direcciones me centraré en dos aspectos solamente: la búsqueda de la verdad y el absurdo de lo cotidiano. Parafraseando a un ilustre compañero de Placer la única verdad universal e indiscutible es esta: «Lo único seguro tras el nacimiento de cualquier ser vivo es que algún día morirá». Pero para el checo estos dos conceptos, verdad y vida, se pueden conjugar de otra manera: «La verdad —escribió Kafka— es lo que todo ser humano necesita para vivir y, sin embargo, no puede recibir o conseguir de nadie. Todo ser humano tiene que producirla una y otra vez desde su interior, si no perece. La vida sin verdad es imposible. La verdad es tal vez la vida misma». Kafka excede los conceptos filosóficos de la Verdad (la ontológica y la lógica) y los eleva hasta transformarlos en conceptos casi religiosos: la verdad es grandeza moral, la verdad es Dios, pero también es el Absurdo, lo irracional de la vida que nos rodea.
Quitando *La metamorfosis* (la más absurda de sus obras), que por no meternos en otro debate podríamos decir que es una nouvelle, en el haber del autor checo hay tres novelas: *América*, *El proceso* y *El castillo*. En cada una de ellas el protagonista choca contra una gran verdad, contra un poder absoluto, y cae en una trampa de la que no solo no puede salir, sino que se entrega a ella cual mártir al sacrificio. Todos sus personajes (Karl, el agrimensor K. y Josef K.) caen bajo el peso aplastante del destino, la fastidiosa maquinaria que los aniquila, los juzga, condena y ejecuta. Pero esta sumisión es absurda y a la vez contradictoria: en *América*, el objetivo de Karl es encontrar en su viaje a América una familia, su familia, la misma que lo embarcó sin destino por intentar formar una familia con la persona inadecuada; en *El castillo*, K. quiere lograr entrar, que el castillo lo adopte, lo reciba como un ser razonable y en ese intento pierde totalmente la razón; mientras que *El proceso* cuenta las vicisitudes de Josef K., quien busca la indulgencia y el perdón, y luego el indulto, de una justicia que no sabe, ni explica por qué lo ejecuta. Con estas obras Kafka nos lleva a los límites de la conducta humana, donde cada acción por banal o innecesaria que parezca es esencial en el devenir de los sucesos. Nos plantea el problema de lo absurdo y lo absurdo del problema. A través de la nostalgia, la ética y la búsqueda infranqueable de la verdad nos pone cara a cara con los fantasmas que aquejan al ser humano en cualquier situación de la vida cotidiana. En este aspecto su obra es universal, en la medida en que nos enseña cómo el hombre huye de la humanidad que le rodea, que saca de sus contradicciones razones para volver a empezar y llamar vida a su inexorable aprendizaje de la muerte.
Sin embargo, Kafka no acabó ninguna de sus novelas y, como es sabido, pidió que nunca vieran la luz. Es aquí donde entra en escena su gran amigo y albacea, uno de los personajes más contradictorios de la historia de la literatura universal: Max Brod. Es el momento de resaltar que Kafka muere después de una larga enfermedad, no por efecto de un veneno, ni de una herida mortal. Entonces, ¿por qué no quemó él mismo su obra si, ya convaleciente, le dio tiempo para reconciliarse con su padre y acabar dos relatos? ¿Es parte de ese absurdo al que nos invita el autor checo? ¿Buscaba la Verdad en el ejemplo de conducta de su amigo que de antemano le había negado su voluntad? «Si piensas que voy a destruir tus cosas estás equivocado», dicen que le manifestó. Otra vez nos topamos con un misterio, que es a la vez una nueva invitación a revisitar la obra (en este caso la vida) de Franz Kafka, un individuo que no era ni tan abstraído ni tan torturado como él mismo hubiera querido. Sabemos que Julia, su madre, provenía de una familia acomodada, a diferencia de su padre, que era comerciante y llegado del campo. Hermann, el célebre destinatario de su carta (que por cierto no remitió) más célebre: «Hace poco tiempo me preguntaste por qué te tengo tanto miedo…». Fue a la universidad, donde se matriculó primero en Química, que abandonó por Derecho, y a la par siguió Literatura Alemana e Historia del Arte desde 1902. En octubre de ese año conoció a Max Brod. Para entonces ya conservaba algunos de sus manuscritos y desechaba otros.
Algunos años después, en noviembre de 1912, Kafka ya había publicado cuentos y prosas, comenzado su novela *Der Verschollene* (póstumamente, *América*) y afianzado la escritura de sus diarios (1910-1923). Compraba bonos de la guerra. Una noche de ese otoño acabó *Die Verwandlung* (*La metamorfosis*). Y comenzó en ese momento su periplo y desventura literaria, siempre acompañado de Brod. Salvo algunos relatos, no publicó nada más en vida (disculpe querido lector de Placer por repetir de nuevo este hecho tan significativo de la biografía de nuestro Franz). Nadie sabe por qué. Pulió y corrigió sus escritos con una fruición enfermiza y autodestructiva, no dejando resquicio al error en el mensaje. Esta es la clave de la relectura de su vida, Kafka quería ser tímido, pero a través de su obra no paró de hablarnos, la literatura era su modo de comunicarse con los demás, de ahí la ironía (¿el absurdo?) de quemarla a su muerte, muerto él, sobrevendría el silencio y no habría necesidad de ninguna comunicación; con él fallecerían las conversaciones de sus tantas palabras, por eso probablemente no las quemó él mismo. Sin embargo, para su amigo, para cualquier amigo que se precie, la desaparición física es solo un paso para el desvanecimiento de la relación, y Brod, no pudo quemar su obra porque su amigo estaba en ella, y realizó uno de los actos más paradójicos de la historia literaria: los salvó y los publicó. Los compartió. Y se enfrentó a la impotencia de nunca poder defender del todo su acción, ya que no hay nada más imposible que explicar lo que uno ha evitado.

PLACER

UN ARTISTA DEL HAMBRE

VERSIÓN LIBRE DEL PRESIDENTE

En los tiempos que corren, superados los problemas de alimentación mundial, gracias al invento hace tres décadas de la píldora alimenticia, la humanidad ha suprimido la vieja costumbre de comer. Esto ha significado un gran ahorro para la humanidad: en todo el planeta ya no se tiene que producir ni un solo alimento, ni transportarlo, ni por supuesto cocinarlo. En las casas de los seres humanos ya no se necesitan comedores, ni cocinas. Lo único que es necesario en las viviendas es una habitación con una cama y un televisor interactivo.

Quedan, en algunas poblaciones, personas que ingieren alimentos antiguos. Estos son alimentados por cocineros ancianos, que les preparan suculentos platos con la materia prima que guardan en congeladores estatales, custodiados por el ejército. Ramiro es desde hace dos años una de estas personas y permanece encerrado en un plató televisivo, ante las cámaras las veinticuatro horas del día. Ingresó allí tras una condena firme por conducta social inapropiada. En cuanto entró en castigo, dejó de recibir la píldora diaria y comenzó a sentir hambre. Pronto se le empezó a suministrar comida, apetitosamente elaborada por los veteranos chefs. Desde entonces, Ramiro sólo come y duerme. Los primeros días se le ofrecían raciones más bien pequeñas, para que su estómago fuera dilatando, y siempre después de la ingesta sucumbía a un sueño irrefrenable. Hoy en día puede comer hasta diez veces en una jornada, siente un imparable instinto devorador ante los alimentos. Prácticamente ha perdido la vista y se diría que hasta el oído, pues no parece escuchar los insultos que le propinan los espectadores desde sus habitáculos a través de los televisores interactivos, cuando lo ven masticar, lo escuchan roncar o emitir ventosidades ensordecedoras.

Una vez al mes, Ramiro es analizado clínicamente, sin salir del plató, y esos análisis muestran el deterioro vital que sufre el condenado. Desde que se llevan a cabo las extracciones sanguíneas hasta que aparecen los resultados, el público hace sus apuestas para ver quién se aproxima más, o adivina la cifra de su nivel de colesterol, o de su tensión, incluso de sus pulsaciones. Se calcula que su peso ronda los doscientos quilos.

Hace dos semanas que el reo no anda, ni siquiera puede hablar. Atrás quedaron los tiempos en que a las tres horas de no ingerir nada pedía a gritos su siguiente ración, enfrentándose a los espectadores y tildándolos de ignorantes. La audiencia televisiva ha bajado de manera preocupante, por lo que el comité supervisor ha decidido mantenerlo en ayuno de forma continuada.

Ramiro da muestras de inquietud aunque casi no se mueva. La visión de semejante bola de sebo sobre un supuesto lecho inapreciable es dantesca, pero el hecho de que no se le ofrezca nada durante tanto tiempo ha desatado las alertas en las redes sociales. Las audiencias se disparan y se anuncia que se le hará llegar en breve "la gran fabada".

Ramiro toma cucharadas de la cazuela durante dos largas horas seguidas, y vuelve a ser odiado e insultado por millones de televidentes. Sin terminar el contenido del cuenco, a Ramiro se le cae la cuchara de la mano derecha. Sus arterias se han cerrado definitivamente y ha sufrido un irremediable colapso. La emisión se clausura y Ramiro es conducido al valle de los carroñeros.

UN ARTISTA DEL HAMBRE

LA CRÍTICA DEL PRESIDENTE

El artista del hambre es probablemente el primer reality show aparecido en medios de comunicación, pues fue publicado en la revista literaria *Die neue Rundschau* en 1922. El relato narra la vida de un hombre cuya profesión consiste en permanecer encerrado en una jaula, sin ingerir alimentos noche y día.

En la primera parte, el cuento nos explica que el ayunador es contratado por un empresario para permanecer encerrado y vigilado en una jaula durante cuarenta días y cuarenta noches. Las gentes del pueblo acuden un día tras otro a ver el espectáculo, con gran admiración y devoción, y con la sospecha de que hay un truco, que de alguna manera que nadie puede ver, ni saber, se debe alimentar aquel hombre, cosa esta que ofende al protagonista profundamente. Igualmente, el ayunador continúa incansable su trabajo y se va deteriorando físicamente poco a poco. El principal foco de atención de esta primera parte lo podemos poner en el público en sí mismo, pues ¿qué tipo de sociedad enferma puede acudir y disfrutar de ver un hombre enjaulado que se va consumiendo por el hecho de no alimentarse? Sin duda la respuesta solo puede contestarla cada lector. Pero lo cierto es que Kafka nos ofrece un relato verosímil; uno puede imaginarse a familias enteras acudiendo a la plaza para ver el espectáculo, reuniéndose allí cuadrillas de amigos para comentar la jugada, o para charlar de cualquier otra cosa, pero siempre expectantes y vigilantes a los acontecimientos, mientras el ayunador se siente un auténtico artista. En definitiva, es la exhibición de la miseria humana el hecho que cautiva al público.

Es en la segunda parte cuando el relato entra en una deriva aparentemente fatal. El ayunador parece que ha pasado de moda, y ya no es contratado por ningún empresario. ¿Es el arte caduco? Parece que para Kafka, sí. El artista se marcha a trabajar a un circo, pero allí, lejos de aparecer en el escenario, es ubicado en el pasillo donde se guardan las fieras. Nuevamente alojado en una jaula y naturalmente bajo un ayuno indefinido. Las gentes que van a visitar los animales se paran ante su jaula, más para mirarlo que para admirarlo, y poco a poco se va convirtiendo en un ser invisible. El arte del ayunador deja de interesar al público, y el arte sin un receptor que lo admire o lo disfrute se convierte en algo inútil.

En definitiva, se trata de un relato con tintes humorísticos pero con un desenlace fatal. Y por si todavía alguien no lo ha leído, ni piensa hacerlo, al final el ayunador se consume tanto en el ofrecimiento de su arte que muere... no sin antes hacer una curiosa confesión. Así, *El artista del hambre* admite en el último momento, prácticamente en el último suspiro, que no es ayunador por dinero, ni por profesión, ni siquiera por artista, sino que decidió no comer porque jamás encontró nada que le apeteciera.

PLACER

PLACER

Cuando F. llegó al almacén únicamente pretendía resguardarse unos minutos de la lluvia. La tormenta, cada vez más intensa, no arreciaba desde la madrugada. Y su protocolo dominical, ejecutado semanalmente de forma maquinal, casi quirúrgica, acumulaba ya un retraso insoportable. Por lo que en verdad no debería ni haber cruzado el umbral de aquel establecimiento, sino simplemente protegerse un breve momento bajo el soportal. Sin embargo, no pudo resistir la curiosidad. El tráfico de personas entrando y saliendo de aquel comercio era incesante, sobre todo teniendo en cuenta que era un día festivo y que llovía a cántaros. Así, nubes enormes de paraguas negros cruzaban la calle arriba y abajo, convergiendo todas ellas en aquella pequeña tienda sepultada bajo los arcos de piedra. Primero, F. se acercó disimuladamente a la puerta acristalada para comprobar el tamaño de aquel recinto. De hecho, se sorprendió aún más al avistar, aunque caleidoscópicamente, solamente un estrecho pasillo que entre estanterías repletas de todo tipo de cosas desembocaba en un mostrador diminuto. Y lo más inaudito, el pasillo estaba prácticamente desierto; únicamente pudo distinguir a un par de mujeres revolviendo una caja y a una anciana medio dormida detrás del tablero. Así que decidió entrar. Y comprobar dónde demonios se escondía toda la marabunta de presuntos clientes. No importaba ya retrasarse unos minutos más, aunque también era consciente que luego la culpa lo atormentaría toda la noche. El orden más rígido e inalterable regía su solitaria existencia y, justamente, el cumplimiento exacto y minucioso de las disposiciones que se autoimponía era su única fuente de placer, o, al menos, de cierta realización individual. De hecho, esta disciplina marcial lo había aupado a su envidiable posición como primer escribiente, puesto desde el cual pronto podría opositar a subdirector de su oficina. Aunque en verdad no estaba muy seguro sí deseaba tanta responsabilidad y a la vez tanto odio contenido. Ya ahora sus compañeros casi no le dirigían la palabra, siempre el primero en llegar a su lugar de trabajo y el último en abandonarlo; más de trece horas diarias, de lunes a sábado, copiando casi sin descanso bajo la luz de una bombilla siempre incandescente. Pero ahora sólo cabía concentrarse en resolver el misterio de aquella tienda y olvidar por unos instantes los pormenores de su pobre existencia, tan desangelada.

Una campanilla tintineó de forma inconcebiblemente intensa al empujar la puertecilla. Las dos mujeres dejaron por un momento de manosear la caja, llena de ropa, para escrutar al intruso. La anciana detrás del mostrador, que casi parecía una figura de cera, no movió ni un músculo; sus párpados permanecieron cerrados, aunque F. percibió que de alguna manera lo examinaba detenidamente.

—¡Buenos días! —anunció un poco incoherentemente.

Las dos señoras inclinaron levemente la cabeza con desgana, simplemente por no traicionar los estándares de la cortesía. F., después de cerrar delicadamente la puerta, paseó su mirada por la tiendecita. Las estanterías, como había visto dificultosamente a través de los cristales empañados, estaban atestadas desde el suelo hasta el techo. Los artículos que contenían, por otra parte, eran tan diversos e inconexos que era imposible catalogar qué tipo de comercio era aquél exactamente. Además de las cajas de ropa que revolvían incesantemente las dos señoras vestidas de negro, en unos pocos minutos fue capaz de enumerar un buen número de distintos objetos, todos ellos mezclados de forma harto entrópica. Sólo revisando fugazmente la primera de las estanterías, la más cercana a la puerta, divisó en el siguiente orden: frutas, verduras, libros, martillos y clavos, platos, copas de cristal, estilográficas, pipas de caoba, botellas de vino, un par de violines, dos docenas de huevos, botas de agua, candelabros y velas, flores, jarras de cerveza, aparejos de caballería, tornillos de hierro, café molido, gafas, azadas, paja para el venado, guantes para la nieve, sacos de harina, colchas, lámparas portátiles, pinceles y pinturas, cucharas y, arriba del todo, en una suerte de equilibrio insultante, un hermoso juego de tazas de porcelana para el té.

—Disculpen —consiguió proferir F. a pesar de la avalancha de estímulos visuales que inundaban sus retinas—. No acabo de entender una cosa…

De nuevo las dos señoras alzaron su mirada, mostrando dos pares de pequeños ojos negros como el carbón. Justamente el primer pensamiento de F. fue buscar en alguno de los estantes un saco del oscuro combustible. Este acto reflejo impidió, sin embargo, que reparara en la anciana del mostrador, que esforzadamente había separado las pestañas de uno de sus párpados.

—Esto —carraspeó— ¿Me podrían explicar dónde ha ido a parar toda la gente que ha entrado hace un momento?

Mientras elevaba su cuestión casi metafísica, F. se dio cuenta de un hecho extrañamente destacable. Desde que había penetrado en el pequeño bazar, este era el único sustantivo que había encontrado en su manual particular para referirse a aquel lugar, sorprendentemente nadie había salido pero tampoco entrado en él. Cuando segundos antes, mientras contemplaba la lluvia cayendo en tromba por los canalones, la puerta no había dejado de abrirse y cerrarse para acoger o expeler al gentío tumultuosamente silencioso. Silencio. Sí. Aquí había otro aspecto singularmente curioso. Cuando él había entrado, la campanilla lo había recibido de forma estruendosa. Y sin embargo, mientras descansaba en la calle no recordaba haberla escuchado. Todo resultaba muy intrigante. Por lo que fijó su mirada en las dos mujeres de ropajes oscuros inquiriendo una respuesta lo más sostenible posible.

—¿Qué es lo que desea, señor? —preguntó con voz estridente la anciana y presunta dependienta.

Aún mantenía un ojo cerrado. Pero con el otro irradiaba un fuego tan intenso que por un momento cegó a F. Además, de pronto empezó a notar cómo la sangre se agolpaba en su cabeza y un calor abrasador se apoderaba de su cuerpo. Mareado, trastabilló un paso atrás, sosteniéndose en los anaqueles de las estanterías con ambas manos. Respirando entrecortadamente intentó enfocar de nuevo el fin del pasillo, ahora mucho más estrecho, en el que la anciana se ubicaba mucho más lejana, al final del oscuro túnel que conformaban todos aquellos objetos ahora animados. Por suerte, la presión se disipó lentamente y a la vez que la luz regresaba el espacio recuperó su forma.

—Lo siento —se disculpó F., para preguntar a continuación—. Creo que no me encuentro muy bien. ¿Me podría dar un vaso de agua?

—Aquí al lado hay una cafetería, quizás es mejor que se siente y repose allí un rato —contestó secamente la anciana.

—De acuerdo —se esforzó F.—. Disculpe usted las molestias.

Las dos mujeres, que durante aquel breve lapso de tiempo habían permanecido mudas, sólo girando al unísono sus cabezas a un lado y al otro del pasillo, asentían vehementemente, concluyendo que se había alcanzado la mejor de las soluciones posibles.

F. salió a la calle tensando todos sus músculos, que rígidos e insensibles crujían esforzada-

→

mente a cada paso. Una bocanada de aire fresco roció su cara sudorosa. F. apartó entonces con una mano su cabello, que se había despeinado, el flequillo colgando apelmazado sobre su frente, se apoyó con la otra en una de las columnas de piedra, y fijó la vista en las gotas que resbalaban sobre la cornisa. Y poco a poco recuperó su entereza, el oxígeno circulando de nuevo por sus venas hasta el cerebro sediento. Seguramente se había asfixiado un poco en aquel cuchitril, donde el calor se concentraba de forma insoportable, todo cerrado, el aire corrompido una y mil veces por aquellas viejas antipáticas. Por lo que más tranquilo, estaba a punto de reemprender su marcha cuando de pronto apreció que la puerta se entreabría a sus espaldas dejando a la vista un buen número de paraguas amontonados en un cubo cercado por un charco de agua. Corrió entonces hacia ella, y antes de que se cerrase de nuevo introdujo el pie en la ranura.

—¡¿Qué hace usted?! —oyó gritar a la anciana con voz atronadora— ¡Voy a llamar a la policía si no deja de molestarnos!

—No, no —respondió F. temerosamente, aunque sin apartar el pie de la rendija— No es necesario. Solo quiero saber dónde va toda esta gente. Disculpe mi curiosidad.

—Se lo repito por última vez —insistió la vieja— Si no ceja en su ridículo empeño lo denunciaré. Estoy descolgando el teléfono, ya.

F. no creyó una palabra de lo que decía aquella arpía. Cada vez la presión de la puerta era mayor, por lo que seguro que había alguien empujando detrás de la puerta, y no podían ser únicamente las dos brujas de negro. Así que apretó con todas sus fuerzas, apoyando su cuerpo, los ojos cerrados, el mentón hacia arriba. Y de pronto la resistencia venció, y cayó de bruces contra el suelo mientras los cristales de la puerta chirriaban y la campanilla tañía con mucha más violencia que la primera vez. Cuando abrió los ojos encontró de nuevo, únicamente, la mirada reprobadora de las dos señoras de negro.

—Lo va a pagar muy caro —amenazó la anciana señalándolo con su dedo índice.

—Señora —casi gimoteó F.— No lo entiende. Solo quiero saber…

—¡Cállese! —ordenó la mujer con la cara encendida, mientras se elevaba sobre su silla y descubría un cuerpo mucho más grande de lo que cabía suponer.

Pero de pronto mudó su rostro, se sentó rápidamente, encogiéndose recatadamente y de nuevo dispuso su mejor versión de ancianita adorable. Con voz de estudiada fragilidad ensayó:

—Agentes, menos mal, este hombre está loco, ya hace un rato que ha irrumpido en nuestro humilde bazar buscando quién sabe qué.

F., sentado ahora en el suelo, dirigió la mirada hacia arriba hasta encontrarse con la mirada escrutadora de dos policías. Su aspecto era ciertamente nefasto; cuando él nunca se había permitido el menor desliz en público. Pero ya había llegado demasiado lejos, y no quería ser vencido tan miserablemente por aquella vieja mentirosa.

—¡No es cierto señores! —chilló contrariado— Aquí sucede algo muy extraño, estas mujeres ocultan algo. ¡Debemos descubrirlo!

El mayor de los agentes, de porte noble, con el pelo canoso y recortado con pulcritud, lo miró reprobadoramente antes de aconsejarle condescendientemente:

—Señor, lo mejor es que se marche por su propio pie y no cree más problemas.

—Pero tienen que creerme —se opuso F.— No voy a dejar que esa vieja decrépita se salga con la suya.

—Señor, le ruego que nos acompañe —insistió el policía, aun bastante comedido.

F. se levantó repentinamente y empezó a caminar a grandes zancadas hacia la anciana, casi abalanzándose sobre ella.

—¡Dígame qué está pasando! ¡Exijo saber dónde están los dueños de todos esos paraguas!

Los dos policías ya lo habían rodeado, bloqueando su tránsito, y ahora lo empujaban con firmeza hacia la puerta. La anciana lo miraba fijamente, los ojos sonrientes, sin duda burlándose de él.

—Señor, esto es una tienda, probablemente vendan paraguas —dedujo razonablemente el policía— Ahora debe marcharse.

—De acuerdo, de acuerdo —se relajó F.— Ya lo he entendido. Suéltenme, por favor.

Los policías relajaron su presa, pero aún atentos, curtidos tras muchos años patrullando las zonas más bajas de la ciudad, atajaron el último movimiento de F., que violentamente trató de escabullirse y dirigirse de nuevo hacia el mostrador. Con tan mala fortuna que durante el forcejeo golpearon una de las estanterías. Y ésta, bajo la mirada afiladamente penetrante de la anciana, se bamboleó por unos instantes eternos y dejó caer todo su contenido sobre la cabeza del desdichado F. Éste cayó exánime sobre las baldosas, sin tiempo ya para nada. Nadie lo esperaba, tampoco. Sería sustituido también sin problemas en la oficina, aunque muy productivo era sólo una pequeña pieza del engranaje. Al fin, nadie lo echaría de menos.

—Pobre loco incauto —pronunció su epitafio la anciana, mientras las dos señoras de negro, ahora sus más sentidas plañideras, asentían con los ojos llorosos.

PRAGA EN NOVIEMBRE

IMPROVISACIÓN EXPRESIONISTA

La pérdida de tu singularidad la marcaba el reloj impoluto, hora a hora, segundo a segundo, un fantasma salía de tu boca hasta dejarte sin alma. Los documentos eran personas y tú un objeto sometido al ritmo pautado de su reloj.
Todo eso era así hasta que me conociste. Soy Césare el sonámbulo y vengo a inyectarte sabia.
Te dio asco el idioma en que hablaba. Desconfiabas de mis ojos de vidente. Odiabas las dos esferas de acero en la palma de mi mano. Te atraía la cal de mi cripta.
Te describo: eres angélica, mezcla de plantas y barro, el líquido del otoño en los pulmones.
Mi deseo: tumbarme a tus pies y ver como arde el bosque tras la ventana.
Todos los días me desprecias y me regalas un acertijo.
Las noches boca abajo con la cara hundida en el sustrato.
Las noches en las que padecía mitosis hasta el infinito.
Las noches sin miel y sin ojos.
He estado tranquilo sintiendo las gotas en las pestañas
y el olor a hojas podridas.
Después de desenterrar a tres esqueletos les hemos puesto chisteras de colores:
amarillo, violeta y azul.
Las sombras de los edificios en las vísceras de las muñecas era lo único que veías al quedarte ciega.
Fui tu lazarillo por el laberinto oxidado en los días lúgubres, en la ciudad de escarcha y sal.
Hoy ha amanecido un cielo negro y las algas colgaban de los balcones.
Poco a poco me acercaba a tu brazo y notaba el olor de las llanuras lunares sin sonido.
He rezado para estar enfermo y alimentar mi enfermedad con larvas de otoño surgidas de tu regazo de uva.
Alma impiadosa me torturas cada día con la presencia de tus hombros púrpura y la ausencia de luna. La disolución de las manos en ácido mostró huesos de oro.
Te bautizo como la Dama del Gran Tormento, ojos glaucos para la pérdida y la indefinición.
Dunas de cine y absurdo banal, reina del asombro, luz del infinito en las cruces.

PLACER

FLOTOGRAFÍAS

Bueno. Ya lo dijimos cuando saltamos el charco a lo Manzarek (o a lo Maradona, si hubiéramos viajado desde el hemisferio sur), es decir, atiborrados de bencedrina hasta las cejas. Praga es la primera ciudad del mapa de Placer que sí ha visitado alguno de los miembros del Consejo. Por lo que dijimos con entusiasmo inocente: ¡vamos a buscar las flotos y a hacer unas flotografías caseras! No las encontramos. Bien, en verdad casi ni las buscamos, demasiado trabajo. Así que recurrimos a los miembros de la Asociación a ver si había más suerte (y menos trabajo, claro). Y felizmente así fue. Cómo no, y no sólo porque es un amante de todo lo casero, hay fotos de Ramon, y también de Cèlia, los más afamados viajeros de La Mordida. Hay fotos de Pedro, nuestro ya expresidente y ahora secretario (¿les suena aquello de las puertas giratorias?), e Isabel, de la Subcomisión Hortografica. Estaremos de acuerdo en que Praga es una ciudad muy bonita, aunque tenga solo tres días en modo turismo. Y las flotos son muy bonitas, también. Si acaso, ¿sorprendentemente normales? —se podrían preguntar. Quizás sí. Ya hace tiempo de nuestras visitas. Pero es probable (de hecho es casi un dato objetivable), que en Praga se gestase nuestra transformación ulterior; en Praga, un rabino creó del barro un monstruo del que luego perdió el control. Ahora nosotros, entre todos, hacemos PLACER.

PLACER

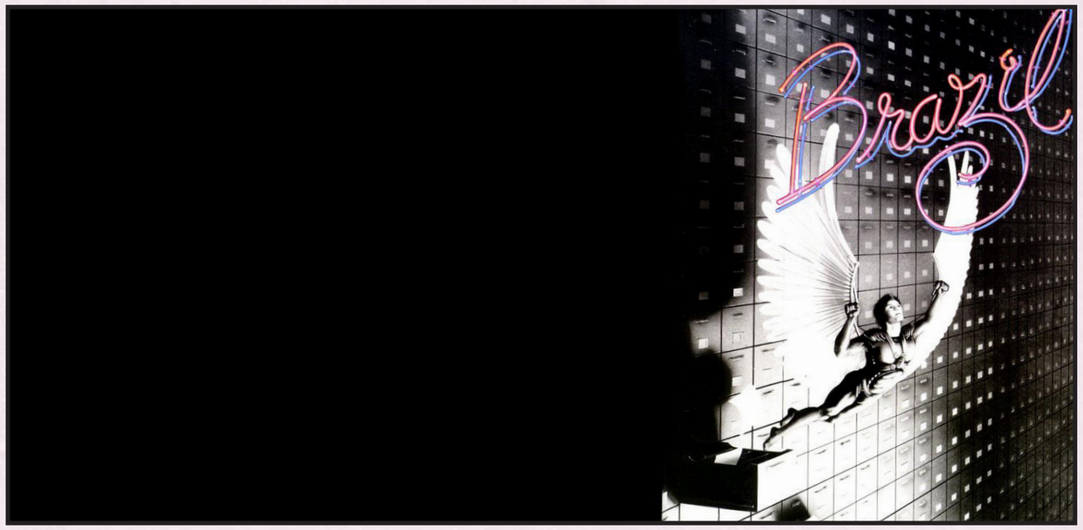
PLACER

PLACER

PLACER

DE BRAZIL A CHECOSLOVAQUIA

En primer lugar, revelar las dos fuentes principales de este artículo. Uno, "La influencia de Kafka en la película Brazil", un ensayo de Alejandro Riera Guignet; y dos, a raíz de éste, "El arte de la novela", de Milan Kundera. Y a continuación, una explicación: de forma más que intuitiva, casi azarosa, crucé en el buscador dos palabras, Kafka y Brazil. ¿Por qué? Seguramente porque en mi mente perturbada la película de Terry Gilliam representa en muchos de sus fotogramas el imaginario visual de lo que entendemos por lo kafkiano. Sí, en Brazil es evidente la influencia de "1984" de Orwell, pero también el mundo gris y burocrático y oprimente de nuestro Kafka. De hecho, el mítico ex-Monty Python escribió acerca de ello: "Hace algunos años buscaba paisajes naturales para "Jabberwocky" y un atardecer me encontré en un pueblo del país de Gales llamado Port Talbert. Un lugar muy feo, triste, en una región minera, la imagen de una vida desesperante. Fui a la playa, una especie de desaguadero público y allí, un individuo provisto de una radio portátil escuchaba esta música tan alegre y sincopada, evocadora de la evasión latina. Esta es la imagen de la que ha salido mi película (…). Mi idea era filmar ese espíritu, un cruce de Frank Capra y Franz Kafka". Así que sencillamente elegí las palabras para documentarme un poco. Y para mi –no sé si decir grata– sorpresa la primera entrada consiste en un ensayo de un Doctor en Filología Hispánica de la Universidad de Barcelona, precisamente analizando la influencia de Kafka en la película. Por lo que, hasta aquí el artículo, ¿no? Con toda la falsa modestia que me caracteriza, si un académico ya ha dedicado unas buenas horas a esta tarea, ¿podría el Consejo Editorial hacerlo mejor? No contesten, o si lo hacen, sobretodo no nos lo cuenten, no queremos saber la respuesta, preferimos vivir en nuestro mundo particular, esa suerte de existencia mediocre trufada sin embargo por nuestros sueños más heroicos; justamente una situación, un escenario muy similar al que habita el protagonista de Brazil. Concluí, en cualquier caso, que no cabía reescribir el artículo con otras o incluso las mismas palabras, un ejercicio de plagiarismo o si nos acercamos a Borges de nuevo (el mundo es cíclico (bueno, es esférico pero nos referimos a qué todo se repite)) un abordaje a lo Pierre Menard, escritor del Quijote. En cambio, la lectura atenta del ya muy citado artículo descubrió un peldaño meta-literario más y una posible puerta giratoria. En verdad, el estudio del doctor Riera Guignet se fundamenta principalmente en revisar el análisis que hizo Milan Kundera de lo que significa el término kafkiano, y aplicarlo a continuación a distintas escenas de la película. Así que ahora sí, de Brazil a Checoslovaquia (sí, ahora Chequia, pero es que el nombre es tan sonoro, casi romántico…) por partida doble. Así, en "El arte de la novela", Kundera trata de especificar algunos de los aspectos que caracterizan "lo kafkiano". Comentaremos sintéticamente algunos de ellos, a modo de ejemplo (de nuevo, no insistimos más, si quieren más información consulten la obra original). Primo –empieza Kundera en latín– los personajes de Kafka se enfrentan siempre a un laberinto sin fin. Es decir, ya Gregorio Samsa o Joseph K. (también Sam Lowry de Brazil) viven en un mundo que es una única e inmensa institución laberíntica a la que no pueden sustraerse y a la que no pueden comprender. El poder de la institución es omnipotente, y se abate de forma inalcanzable sobre los individuos indefensos. Por otra parte, en el mundo kafkiano –escribe también Kundera de forma muy representativa– el expediente se asemeja a la idea platónica. Representa la auténtica realidad, mientras que la existencia física del hombre no es más que el reflejo proyectado sobre la pantalla de las ilusiones. Líneas, estas, que nos llevan a otro de los elementos más kafkianos, esto es, el mundo burocrático, en el que los funcionarios obedientes y disciplinados ejecutan su trabajo de forma deshumanizada, anónima, rutinaria y automática. En definitiva, este universo tan gris y burocrático y oprimente, como comentaba al inicio, es el que según Kundera explica el motivo por el que se acuñó ya hace unos años un vocablo para describir cierto tipo de situaciones absurdas y angustiosas, y que ahora utilizamos tan frecuentemente. Tres ejemplos, para acabar. El primero del propio Kundera, que inicia el capítulo dedicado a Kafka con una anécdota real para ilustrar sus reflexiones acerca de lo kafkiano: "Un ingeniero praguense es invitado a un coloquio científico en Londres. Va, participa en el debate y vuelve a Praga. Horas después de su regreso coge en su oficina el Rude Pravo -periódico oficial del Partido- y lee: Un ingeniero checo, delegado a un coloquio en Londres, después de haber hecho ante la prensa occidental una declaración en la que calumnia a su patria socialista, decidió permanecer en Occidente. Una emigración ilegal, unida a semejante declaración, no es ninguna tontería. Significaría unos veinte años de prisión. Nuestro ingeniero no puede dar crédito a sus ojos. (…) ¿Qué puede hacer? Acude de inmediato a la redacción de Rude Pravo. Allí, encuentra al redactor responsable. Este se excusa, efectivamente, este asunto es realmente desagradable, pero él, al redactar, no tiene la culpa, recibió el texto del artículo directamente del Ministerio del Interior. El ingeniero se dirige entonces al Ministerio. Allí, le dicen, sí, en efecto, se trata de un error, pero ellos, los del Ministerio, no tienen nada que ver, recibieron el informe sobre el ingeniero del servicio secreto de la embajada en Londres. El ingeniero pide una rectificación. Le dicen, no, no se hacen rectificaciones, pero le aseguran que nada le ocurrirá, que puede quedarse tranquilo. Pero el ingeniero no está tranquilo. Por el contrario, se da cuenta rápidamente de que es objeto de una estricta vigilancia, de que su teléfono está intervenido y de que es seguido por la calle. Ya no puede dormir, tiene pesadillas hasta que un día, no pudiendo soportar la tensión, corre graves riesgos para abandonar ilegalmente el país. Se ha convertido así en un auténtico emigrado". El segundo ejemplo, un poco de burocracia divertida (hay que clicar aquí). Y el tercero lo encontrará en la siguiente página, las tribulaciones administrativas de nuestro Politburó escritas a cuatro manos camino al precipicio.

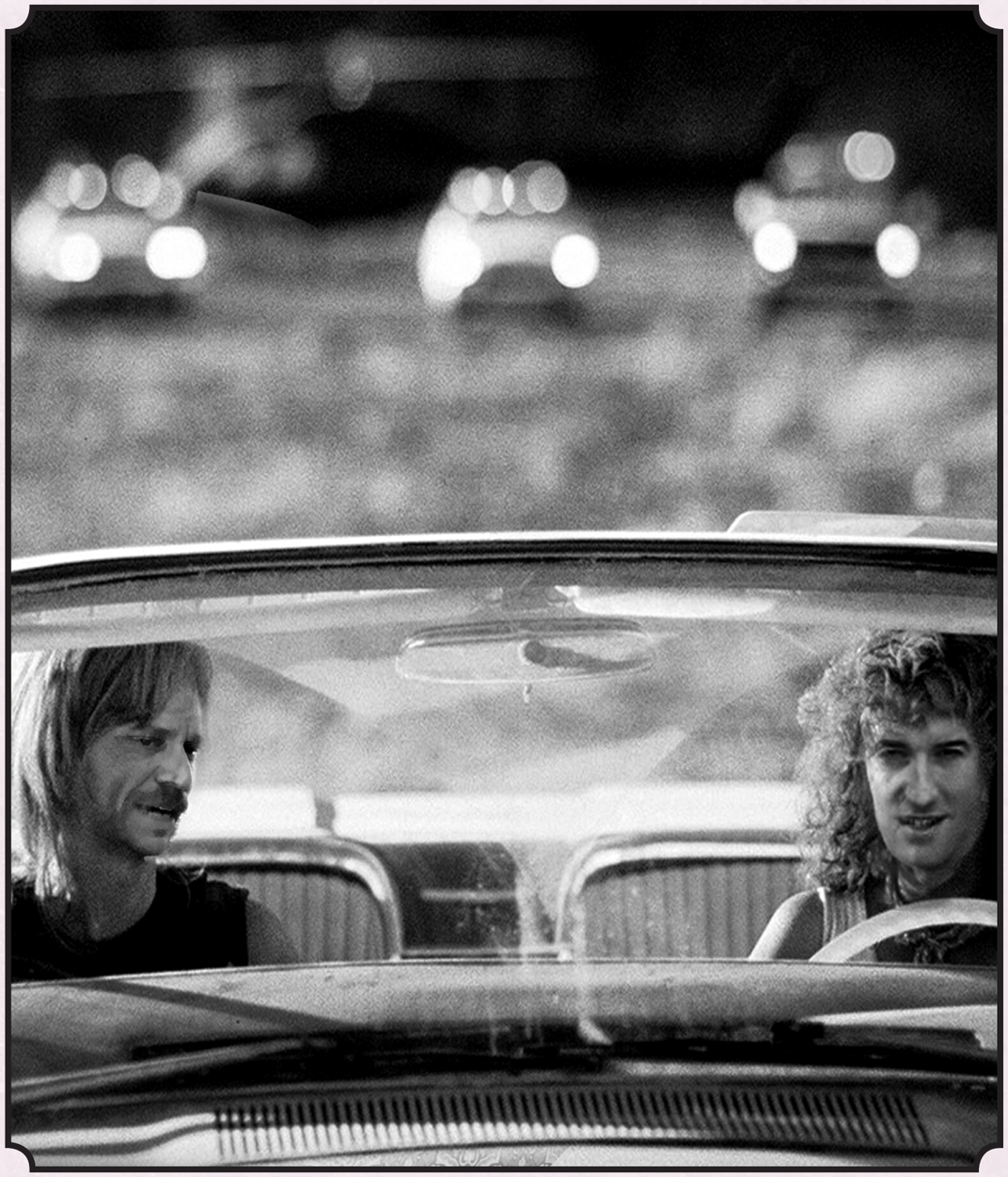


PLACER

PROCESOS COTIDIANOS

—… Pero usted viene por un cambio en los estatutos. —Se quitó las gafas de montura roja y lo miró con sorpresa.
—Sí.
—Debería haber picado la letra D y no la C… la D, de «Registres de modificacions o contingencies comuns a estatuts inscrits amb anterioritat» y no la C, de «Modificacions comuns a estaturs registrats per entitats contingents». Lo siento.
—¿Contingentes? ¿nuestra asociación no es contigente?
—A ver, dígame el nombre de la asociación —y se giró lentamente hacia el ordenador apretando los labios pintados de rojo.
—Asociación literaria La Mordida.
—Mordida… Mordida… No, no es contingente.
—Pero cuando vine a inscribirla nadie me dijo si debía o no ser contingente.
—Los requisitos para una asociación contingente se encuentran en la web… —se sopló el flequillo con hastío, iba teñida de rojo—. Si quiere usted cambiar el estatus de la asociación debe rellenar la siguiente solicitud…
—No, no, no… No quiero cambiar nada, pero bueno… ¿qué más da? Aquí las ventanillas atienden al que le toca indistintamente de la letra, ¿no?
—Sí. Sí y no. Teclee por favor la letra D y espere su turno —dijo zanjando la cuestión e indicándole la máquina expendedora de tickets con su bolígrafo rojo.
—Pero, no tiene sentido… si espero y me vuelve a tocar con usted? Además, ya esperé. Es mi turno…
—Sí, pero para otro trámite… —Al decir esto, casi como acto reflejo, la interlocutora presionó suavemente un botón rojo que había bajo la tabla de su mesa. Instantáneamente, un sonido, una leve alarma, anunciaba el cambio de turno… tocaba el A16—. Por favor, deje sitio al siguiente y coja su turno.
Pedro se levantó con la idea de poder haber hecho algo más por su dignidad, por imponerse ante tamaña injusticia, pero sabía que si abría la boca un incontenible torbellino de insultos iban a inundar la mañana en la Oficina d'atenció al ciutadà del Departament de justícia de la Generalitat. Así que mascando su ira se acercó hasta el dispensador de turnos y apoyó su dedo índice sobre la D, después como vio que nadie lo veía lo hizo una o dos veces con el resto de las letras y fue a sentarse con el bolsillo lleno de turnos.
Eligió una silla fuera de la vista de la empleada que lo había rechazado y sacó el ticket del bolsillo para comprobar la espera, D23, último turno llamado: A16, el monitor ofrecía una brevísima estadística de últimos llamados: A16; B9; C4 (el suyo anterior) E7. Ninguna D. Sacó un libro del bolso, *El proceso* de Franz Kafka y retomó la lectura desde el punto de libro, allí donde Josef K. decide hacerse cargo de su propia defensa. Catorce minutos y once páginas después apareció la primera D, D17, le quedaban 6 D delante, no podía esperar tanto, no le apetecía perder toda la mañana allí dentro… Pensó en enviar unos mensajes a sus compañeros de junta, con alguna broma que escondiera una queja velada sobre por qué el presidente de la asociación tenía que estar llevando a cabo todos esos engorrosos trámites, pero en ese momento no se le ocurrió nada gracioso. Una señora gordita y baja, con aspecto de madre

tranquila, se levantó de su silla con el papel que le adjudicaba su turno, el D17, instintivamente Pedro también se levantó, caminó tras ella dos pasos, él iba a la salida, la señora ocupó la silla que había dejado caliente A16. No tendría que haber visto eso.
Mañana pediría otra mañana libre en el trabajo y probaría suerte en la Direcció general del dret i entitats jurídiques, que estaba en la otra punta de la ciudad. Menos mal que este trámite se puede hacer en varias delegaciones, pensó mientras vaciaba la segunda cerveza en el bar frente las oficinas esperando la hora de comer.



PLACER

EMPATÍA ILUSTRADA

Vamos por faena que hay mucho que decir. Aunque en verdad bastaría el cómic *Kafka* de Crumb y Mairowitz para justificar un artículo acerca del tema que nos atañe. Este cómic es, a la vez que una biografía y un ensayo sobre el autor checo, un delicioso y oscuro recorrido por sus obras más destacadas, utilizando la ilustración y el viñeteo indistintamente. En la estupenda colección *Para principiantes*, y dando rienda suelta a su inteligencia, decidieron utilizar este cómic de manera íntegra para su libro dedicado a Kafka. Sin más. Otra proeza sin discusión alguna del dibujante estadounidense, Robert Crumb. Es tan bueno que esta vez no diremos nada más al respecto; si no lo leen es su problema. El guión es de David Zane Mairowitz, dramaturgo, escritor, director de radio, traductor y qué sabe dios más, todo un culo inquieto que también ha hecho las adaptaciones de *El castillo*, ilustrada por el checo Jaromir 99, con un resultado magnífico cercano al grabado, y *El proceso*, dibujado por la reconocida autora francesa Chantal Montellier. Otra de sus famosas novelas, *América*, también tiene su adaptación al cómic y corre a cargo de Daniel Casanave y Robert Cara. Explica las aventuras surrealistas del viaje a América del joven Karl Rossmann, que huye de Europa tras un lío de faldas. Cabe comentar, sin embargo, que esta última obra quizás no esté a la altura de las anteriores, pero contando que se basa en una novela de juventud de Kafka (que nunca estuvo en América), inacabada y destinada al olvido, sirve como placentero entretenimiento.

La novela más reconocida de Kafka, *La metamorfosis*, es sin duda la más adaptada al cómic, siendo la más famosa la del autor Peter Kuper, con un blanco y negro muy puro, y muy bonita, la verdad; sin desmerecer la adaptación hecha por Ariel Zylberberg y Federico Menéndez y dibujada por Rodrigo Luján. En la colección *La Otra H*, que se encarga de traducir obras de personajes relacionados con la literatura y la filosofía del pensamiento universal al español, podemos encontrar *La metamorfosis* al más puro estilo manga. Así, puedes ir a la biblioteca y llevarte a casa las cuatro versiones de *La metamorfosis* y comparar cómo cada autor afronta el despertar de Gregorio, la ira del padre o la penumbra de la habitación. Hay muchas más adaptaciones de dicha novela, así como del resto de la obra de Kafka, pero aquí nos limitaremos a citar las más relevantes editadas en castellano, que bastantes hay y alguna se ha quedado en el tintero. Como ven, no nos vamos a entretener mucho en diseccionar cada cómic que nombremos, ni somos unos expertos ni nadie juzgará mejor que usted lo que le interesa o no.

Más allá de las adaptaciones al cómic, existe una multitud de publicaciones basadas en la figura y obra de Kafka, e ilustradas por todo un reguero de artistas que cubrirán ampliamente los diversos gustos. Obligados a mencionar solo una de ellas, destacamos *La metamorfosis*, de Paco Roca, otro trabajo estupendo del dicharachero autor valenciano. Por haber, hay hasta libros de Kafka ilustrados para niños, cosa que sospecho que se trata de una trampa de asuntos sociales para ver qué padres son insoportablemente irresponsables y así quitarles inmediatamente la custodia de sus hijos. Por cierto, el hecho que Kafka fuera un aficionado a la ilustración no hace más que desenkafkiar la situación, cosa que es siempre de agradecer. Se conservan algunos dibujos suyos, hechos a lo largo de su corta vida y repartidos por sus cuadernos y cartas. Uno de ellos ilustra el prólogo del presente número de Placer, sirva como ejemplo de su posible uso por los eruditos. Dibujantes, escritores, historietistas y santos sacerdotes de la adaptación, alegres artistas, desdichados todos, dios los cría y ellos se juntan en el ojo de embudo que es Kafka. A ver, hagamos un repaso de lo dicho: están las adaptaciones al cómic de sus obras... sí, ok; ilustraciones de sus obras... también dicho, ok; su afición al dibujo, estupendo, está casi todo. Vamos con otra cosa pues. Quizás una de las virtudes de Kafka y la repercusión de su literatura sea que pensamos en él más veces de las deseadas, una y otra vez nos vemos abocados a recordar su legado y nos sentimos atrapados entre sus líneas. Casi todo se puede asemejar a él, cosa que pasa por la sencilla razón que él escribió lo que todos hemos sentido en algún momento, es inevitable. Entra en el grupo de escritor subcontratado por los lectores para que les explique sus propias vidas de lectores. Es así que, como quien no quiere la cosa, uno está releyendo *El arte de volar*, paso previo a *El ala rota* de reciente publicación, ambosde Kim y Altarriba, y encuentra que uno de los personajes está leyendo a Kafka. Corren los últimos días de 1939 y los españoles refugiados en los campos de las playas francesas (los que no han elegido la opción de volver a España con Franco ni la opción de la legión extranjera), se encuentran encuadrados en compañías de trabajo. Nuestros protagonistas se encuentran en una compañía destinada a labores agrícolas y deciden huir de lugar tan infame. Un día cualquiera, los gendarmes les piden los papeles y sufren una transformación que los convierte en cucarachas, tanto a unos como a otros. En esta misma obra, el personaje principal, que es el padre de Altarriba, se dedica a consumir sus últimos días abrazado a *La metamorfosis* de Kafka. Otra cosa que te puede pasar es que abras *Turista Accidental* de Miguel Gallardo, y compruebes que la primera ciudad que visita es Praga. De hecho, presidiendo el relato hay un retrato de Kafka, que actúa de tobogán hacia la piscina en común. Sesgo de percepción, lo llaman los neurocientíficos. ¡Como si la mente pudiera ser objeto de estudio y no sólo un saco de boxeo maltrecho!

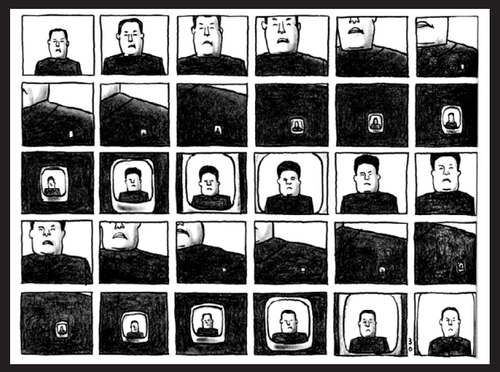
Kafka en los checkpoints, en las sillas de plástico en las puertas de las chabolas, sobre los olivos arrancados de Joe Sacco, en las razones del ejército israelí para demoler las casas palestinas cercanas a la frontera de Egipto. Kafka en sus múltiples reportajes de conflictos, guerras, injusticias, allá donde el sinsentido (ferozmente desplegado por el Sentido) luce vanidoso sus consecuencias. Kafka en el fantasmal hotel de *Pyongyang* de Guy Delisle, en la relación con los personajes que pueblan ese país con alma de Castillo, en los pasillos vacíos, en la sensación de una presencia omnipotente y difusa a la que ni siquiera se plantea cues-

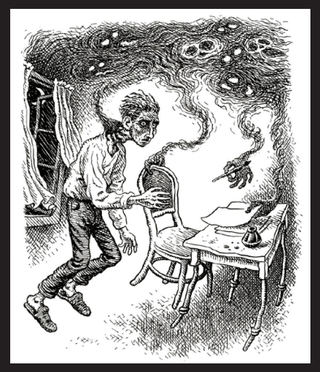
→

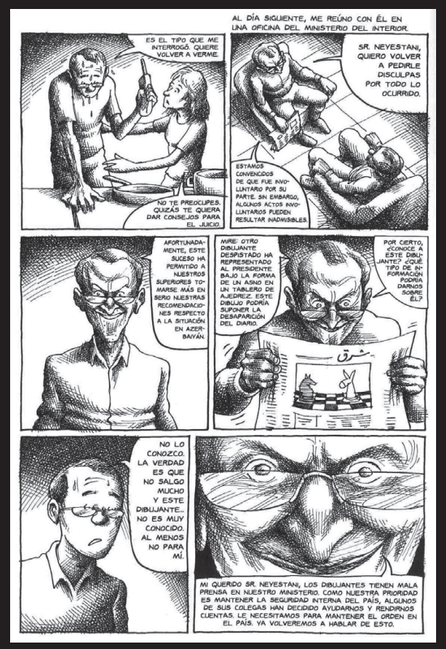
PLACER

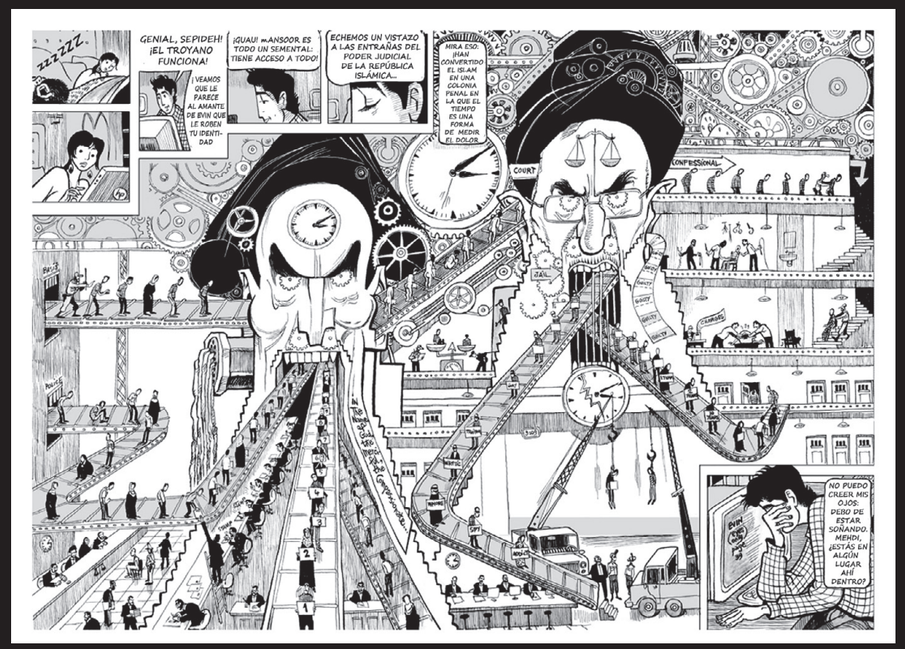
tionar. Es innegable que una policía presente pero desarmada es la máxima expresión del triunfo del miedo. Kafka en *Las calles de arena* del ya citado Paco Roca, su obra más onírica sin lugar a dudas. En la que en cada relectura se descubren nuevos detalles, hasta que uno se topa con una tesis doctoral de aúpa y te los descubre todos. Kafka en Irán mientras se busca a un hermano desaparecido durante las protestas de 2009 y se recorren inútilmente estamentos y oficinas y hospitales y morgues en *El Paraíso de Zahra*, laberintos humanos de cemento. Los autores son Amir y Khalil, nombres tras los que se esconden dos dibujantes de Irán residentes en EEUU. Lo cual solo suma en el absurdo en que nos sumerje esta historia actual. Toca decir que la historia que relatan es ficción pero nos sirve para introducirnos en Irán... ¡y con Irán hemos topado! Lo más fácil sería decir que la naturaleza político/religiosa del régimen iraní tiene más propensión a recrear los ambientes creados por Kafka, pero por desgracia sabemos, nosotros que vivimos en las democracias occidentales, que la opresión mediante el ninguneo de la persona y la creación de un estado permanente de inseguridad para con el ciudadano mediante una burocracia ininteligible y amenazas genéricas es común a cualquier ejercicio del poder. Pero Irán tiene sus peculiaridades, así como una sociedad especialmente inquieta y dinámica en cuanto a las artes, y esa combinación es la que da pie a obras como *Una metamorfosis iraní* de Mana Neyestani. La historia comienza en 2006, cuando Mana publica una viñeta en una revista infantil —único lugar donde el gobierno iraní le deja publicar— de un niño hablando con una cucaracha, en la que la cucaracha utiliza una palabra en azerí, idioma de la comunidad Azerí, minoritaria y marginada por el gobierno desde hace décadas. Para algunos miembros de dicha comunidad, la viñeta de Mana es la gota que colma el vaso y es utilizada como pretexto para una serie de manifestaciones que apuntan a revuelta. El gobierno se asusta y manda detener a Mana y al editor de la revista donde fue publicada la viñeta, utilizándolos de chivos expiatorios con la intención de calmar los ánimos. Son encerrados en una cárcel no oficial que depende del Ministerio de Información y Seguridad Nacional, donde se les somete a aislamiento total y largos interrogatorios, mientras en la calle las protestas van a más, hasta que la policía abre fuego contra los manifestantes causando numerosas víctimas. Tras dos meses encerrado, a Mana se le concede un permiso temporal que aprovecha para huir del país junto a su mujer, pasando por los Emiratos Árabes Unidos, Turquía, China, Malasia y finalmente instalándose en Francia en 2010, donde publica dicho cómic relatando este periplo.

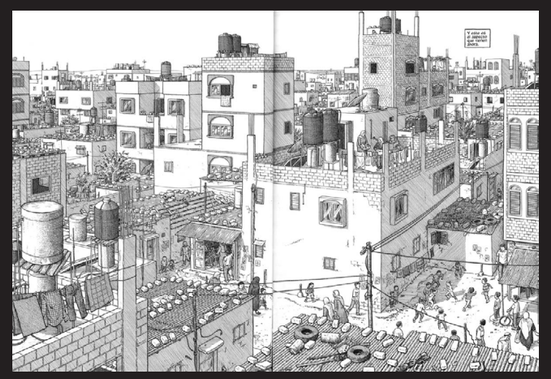
En fin, Kafka en todo. Por cierto, lo que es kafkiano de verdad es verse metido en guerras de las que uno sólo conoce sus consecuencias. El pan de cada día para muchos. Sobre todo, aquellos que tienen la intención de ganarse la vida con su talento. Lo dicho: dibujantes, escritores, historietistas y santos sacerdotes de la adaptación, alegres artistas, desdichados todos, dios los cría y ellos se juntan.











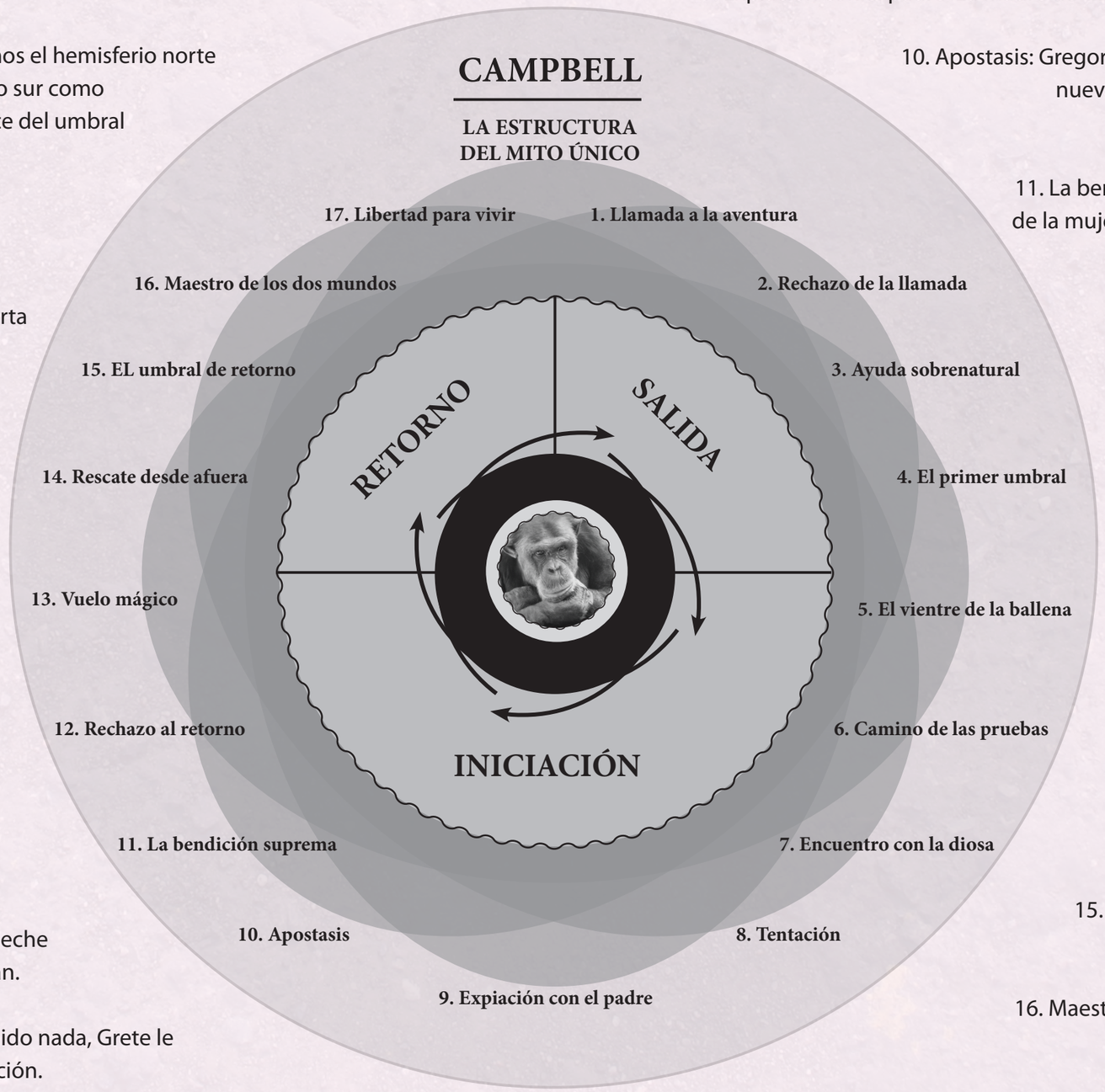
FAMILIA SAMSA, BENIDORM, 1915.

PLACER

FRANZ KAFKA MEETS JOSEPH CAMPBELL

MODELO COMPARATIVO DE LA TEORÍA DEL MONOMITO DE CAMPBELL Y LOS 17 PASOS DEL HÉROE APLICADA AL VIAJE DE GREGOR SAMSA.

Siguiendo las premisas campbellianas aceptaremos el hemisferio norte del esquema como Mundo Ordinario y hemisferio sur como Mundo Especial. En el caso que nos ocupa el cruce del umbral al mundo especial se encuentra en la visión del Gregor-insecto, y el retorno al mundo ordinario en la aceptación final de su destino.



1. Llamada a la aventura: Gregor Samsa se despierta transformado en un insecto monstruoso y lo contrapone a su triste vida de vendedor. Se preocupa por el retraso al trabajo.

2. Rechazo de la llamada: Su madre llama preocupada a la puerta y Gregor es incapaz de responder de forma correcta, siendo ignorado.

3. Ayuda sobrenatural: Su hermana Grete susurra tras la puerta y le ruega que abra.

4. Cruzando el primer umbral: Gregor logra arrastrarse hasta la puerta y abrirla con la boca, revelando así su monstruosa apariencia y horrorizando a su familia y a su jefe.

5. El vientre de la ballena: Gregor se adapta a su nueva condición, descubre que ya no le gusta la leche y los alimentos normales, y se refugia bajo el diván.

6. Camino de las pruebas: Tras ver que no ha comido nada, Grete le trae restos y basura, y Gregor los devora con fruición.

7. Encuentro con la Diosa: Se inicia la rutina de cuidados de Grete y la ocultación de Gregor mientras ella le protege.

8. Tentación: Gregor escucha tras la puerta la difícil situación financiera de su familia. Desaparece su voluntad de mandar a Grete al conservatorio.

9. Expiación con el padre: La madre de Gregor quiere visitarle pero su marido se lo impide.

10. Apostasis: Gregor empieza a andar por las paredes y disfruta de su nueva habilidad. Grete y su madre retiran los muebles para dejarle más espacio.

11. La bendición suprema: Tras intentar rescatar la imagen de la mujer con el sombrero, su madre le ve y se desmaya. Grete le grita enfadada, siendo la primera vez que alguien habla a Gregor de forma directa desde la transformación.

12. Rechazo al retorno: Tras huir de la habitación, su padre le lanza manzanas y una le hiere en el lomo, dejándole permanentemente dañado y obligándole a regresar a su cuarto.

13. Vuelo mágico: Gregor sale del cuarto para escuchar fascinado el violín de Grete, provocando la alarma y protestas de los tres inquilinos.

14. Rescate desde afuera: Grete anuncia a sus padres que deben deshacerse de Gregor o les llevará a todos a la ruina. Su padre desearía que Gregor lo entendiera y se marchara por *motu propio.*

15. Cruzando el umbral de retorno: Gregor entiende la situación y se retira a su cuarto.

16. Maestro de los dos mundos: Determinado a liberar a la familia de su carga, Gregor muere.

17. Libertad de vivir: Tras descubrir la muerte de Gregor, su familia se siente enormemente aliviada y se replantea toda su vida. Se dan cuenta que tras las enormes pruebas que ha sufrido, Grete se ha convertido en una bella mujer y va siendo hora de buscarle marido.

K. CONTRA LA KAFKOLOGÍA

O DE TESTAMENTOS TRAICIONADOS Y ADOLESCENTES PRESUNTUOSOS

A determinados autores, sean de la disciplina artística que sean, hay que descubrirlos sin prejuicios. Introducirse en sus creaciones con el mínimo de información previa posible, vírgenes de cualquier condicionamiento u concepto adquirido. Dejarse llevar, o no, por sus senderos lingüísticos y entelequias de ficción con la mera ayuda de la intuición y percepción subjetiva. Solo así se puede disfrutar o aborrecer cada propuesta de una manera honesta, circunscrita al ámbito del diálogo exclusivo establecido entre creador y espectador que genera cualquier obra artística. Si no, la mayoría de las veces, nos quedaremos en el tópico, en la frase hecha que bajo una construcción más o menos brillante encierra la nada más absoluta.

Como casi todo lo que ha merecido realmente la pena en mi trayectoria de espectador, a Kafka le descubrí lleno de ideas preconcebidas. En pleno ecuador adolescente, unos hábitos voraces en el consumo de cualquier nombre susceptible de aparecer en el canon de obras mayores del siglo XX tenían que llevar, más temprano que tarde, al gran Kafka. Después de preguntar a profesores y mentores, más los primeros que los segundos, y leer el artículo completo dedicado a su figura en la Enciclopedia Larousse (bastante más extenso que lo que a día de hoy se puede encontrar en la Wikipedia), ya me sentí preparado para abordar al considerado «maestro de la angustia y el absurdo del ser humano», «creador del existencialismo literario» o, simplemente, «un escritor para flipar, tronco». Comenzamos por *La metamorfosis* y algunos cuentos, querencia por lo breve, para seguir con *El castillo*, que me costó horrores, y culminar en *El proceso*, la que más me gustó. En parte quizás por la adaptación cinematográfica de Orson Welles, visionada también por aquella época, y que confirmaba el discurso crítico que adoptaría sobre el escritor de Bohemia, probablemente ya antes incluso de haberlo leído, gracias a esa soberbia del adolescente que cree saberlo todo.

—«¿Kafka?, qué quieres que te diga, refleja muy bien la desesperación del ser humano y su nostalgia de la metafísica ante un mundo que no comprende. Welles lo captó a la perfección en *El proceso*, la peli. Pero leída una leídas todas». Dicha con la debida entonación, esta frase convencía a compañeros de pasillos escolares de tener enfrente al futuro Harold Bloom, cuando se trataba de las asignaturas de letras, u obtener de respuesta un «tú sí que Welles a Kafka», si de Educación Física o tardes extraescolares se trataba. El mayor de los tópicos posibles para un autor que, si algo he aprendido con el tiempo, es su constante resistencia a despacharlo con una idea preconcebida.

Es universalmente conocida la manipulación semántica del legado de Franz Kafka, y cómo esta ha condicionado su pase y significación en la historia de la literatura. A Max Brod no solo le debemos que haya salvado la obra completa de su amigo y guía, o al menos eso dijo él, sino también el haber creado casi sin ayuda la «kafkología», la (pseudo)ciencia y mito consagrado al relato a propósito de una determinada interpretación de Kafka. Una «kafkología» que sitúa al autor en un camino de ascesis desde el sufrimiento hacia la santidad, tanto en lo vital como en lo literario, imposible de desvincular con una concepción religiosa y «moral», en su sentido más limitado. Vamos, que las novelas de Kafka son el testimonio de un santo, que quiso advertirnos de los peligros morales del ser humano en un mundo

que cree haber matado toda idea de divinidad y, por tanto, toda idea de redención. A esta kafkología contribuyó, y no poco, la ya citada película de Orson Welles, *El proceso* (*The trial*, 1962). Entre un barroquismo visual exacerbado, más propio del cineasta que del literato, y, sobre todo, la inclusión a modo de prólogo y epílogo del famoso cuento *Ante la ley*, Welles se apodera de Kafka e inmortaliza en imágenes todos los tópicos habidos y por haber, asignando a algunos de ellos su correspondiente código visual. Complejidad conceptual, absurdo, condenas y salvaciones vitales, peso de las estructuras políticas sobre el individuo, el infernal laberinto de la burocracia y demás conceptos sobre Kafka filmados en fotografía tenebrista que bien podrían estar en un *Reader's Digest*, y que campan a sus anchas en esta brillantísima película, pero espantosa adaptación literaria. Pero que en su día todo el mundo calificó, con los kafkianos haciendo bandera, como modélica en su interpretación del legado del autor judío. Pues bien, advertidos quedan, no hay elemento peor para disfrutar de Kafka que la «kafkología», y si de verdad se quiere disfrutar del autor, es indispensable olvidarse de toda esta patraña digna de mejor causa .

No fue hasta volver del por entonces obligado servicio militar, después de agotar todas las prórrogas y excusas para evitarlo, que las certezas presuntuosas y fanfarronas del lector adolescente se empezaron a convertir, por fortuna, en dudas. Y si el primer autor revisado fue Cortázar, para mal, el primer placer de la relectura me lo dio Kafka. En medio uno de los autores de los que más aprendí, Milan Kundera, quien en sus indispensables *El arte de la novela* y *Los testamentos traicionados*, especialmente esta última, demuestra que es uno de los críticos literarios más sagaces de nuestro tiempo.

Remito a los interesados a estas dos joyas para no plagiar al maestro checo en su opinión y análisis sobre la obra de Kafka, que deja los principales mandamientos de la «kafkología» en poco más que chistes ingeniosos. El Kafka de Kundera no es tanto un moralista sino un ser perplejo, desubicado, en el que las certezas no existen y la duda se impone como único motor vital. En este Kafka no importan tanto las motivaciones, las razones, los argumentos, ¿qué delito ha cometido Joseph K. o por qué Gregor se despierta convertido en un insecto?, como la capacidad de adaptación, la asunción de pequeñas rutinas cotidianas, la descripción de las situaciones o la imprevisible causalidad infinita que esconden hasta nuestros más anodinos actos. El Kafka moral, religioso, se transforma a partir de esta perspectiva en un Kafka fenomenológico, en el que más importante es el qué y el cómo que no el por qué. Y a partir de aquí dos elementos claves, el poder de la imaginación y el humor como elementos fundamentales del relato, herramientas que están presentes en la literatura de Kafka mucho más que cualquier pretendida salvación o condena metafísica.

Caracterizado como un cronista de la «maldad» del mundo, se olvida en exceso que Kafka es también un escritor de una imaginación desbordante. Sus puntos de partida argumentales apelan en muchos casos a un estado de duermevela, a una suspensión de lo veraz, que le aproximan en ocasiones a la literatura fantástica, algo que resulta más o menos obvio en relatos como *La metamorfosis*, pero que creo que también impregna de una manera determinante el sentido último de *El proceso* o *El castillo*. De ahí que a Kafka le sienten tan bien las reinterpretaciones más o menos fieles en clave fantástica, como se puede observar en casi todas las películas de futuros distópicos rodadas desde los 60 hasta la actualidad. Un suceso fantástico tratado con la perspectiva más cotidiana, como si su propia existencia ya llevase implícita su propia explicación. No estamos ante un autor que desnuda sus demonios o criterios éticos sino ante un creador de mundos, con sus propias reglas no siempre explícitas, que utiliza como metáfora o, simplemente, divertimento.

→

Y llegamos al humor, un elemento crucial para no perderse al mejor Kafka. Decía Octavio Paz que el humor era la gran invención del espíritu moderno, no tanto en el sentido de risa o burla, sino en su capacidad de convertir en ambiguo todo lo que toca. Y si Kafka es uno de los grandes escritores modernos, recordemos su gran admiración por Flaubert, es, sobre todo, por su humor. Porque la ambigüedad, esa absoluta falta de certezas, recorre y da sentido a toda su obra. ¿Cómo entender toda la asimilación de K., hasta llegar al patíbulo convencido de que debería haberse autoejecutado para evitar que trabajen los verdugos, de una culpabilidad nunca aclarada sin una sonrisa ante lo estúpido que pueden resultar determinados discursos autocomplacientes?. ¿Cómo no partirse ante una oferta de trabajo que no consiste en ningún trabajo?, o ¿cómo no carcajear, en una dimensión de lo humorístico no exenta de la crueldad, tal y como bordaría Céline, ante las incertidumbres de los familiares de Gregor sobre si podrán o no alquilar su habitación?. Sí, el humor está ahí para todo el que lo quiera ver, en la ambigüedad con la que son interpretados sucesos cotidianos o no, pero que casi nunca suelen tener la respuesta que se esperaría. Romper con los lugares comunes, con lo presupuesto, con lo aceptado como norma; una ambigüedad frente a las convenciones, sociales y privadas, que pueden, y deben, ser interpretadas en clave de humor. Y si no ahí está *América*, o *El desconocido* en su denominación más aceptada, no casualmente su último esbozo de novela, y una celebración del humor que llegó a fascinar al mismo Federico Fellini, un artista que la «kafkología» considera en las antípodas del maestro y que, sin embargo, hasta el final de su vida coqueteó con la idea de adaptar al escritor bohemio.

Desde aquella lejana relectura bajo la influencia de Kundera debo reconocer que Kafka ya no es el ser atormentado y moralista que durante tanto tiempo creí que era. Que se deriva una moral de su obra, claro, y también de la de Dan Brown, Francisco Ibáñez o Nieves Herrero, por decir algunos a los que nunca aplicaríamos una perspectiva así. Pero quiero creer que la obra de Kafka no nace con una voluntad de adoctrinar sobre nada u ofrecer cualquier certeza. En Kafka los individuos viven, se enfrentan a situaciones muchas veces inexplicables que tratan de llevar como mejor pueden, y por el camino se van definiendo a través de sus decisiones, en ocasiones más impulsivas que meditadas. Pura crónica de la modernidad, del dilema del ser humano en un contexto histórico en el que el sistema viola sistemáticamente la individualidad de cada uno de nosotros amparándose en razones que nadie acaba de entender en su globalidad. Kafka, un humanista, en definitiva, que probablemente aborrecería cualquier culto a su persona y legado.

PLACER

PROCESOS SIN ESCAPATORIA

***Resumen*—En la novela *El Proceso*, Kafka nos presenta una sucesión de eventos angustiante que el protagonista no puede controlar. Damos un paralelismo entre la novela y el proceso de creación de los conjuntos de Fatou y Julia.**

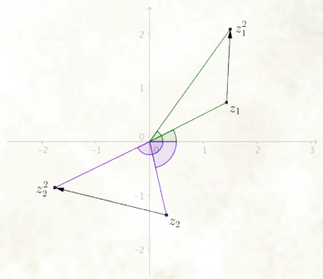


Figura 1. El cuadrado de los números complejos z_1 y z_2.

Veamos una operación definida en un plano (complejo) que consiste en dos pasos. El primero es elevar cada punto al cuadrado, lo que significa:

- Tomar el segmento que le une al centro del plano.
- Multiplicar su longitud por ella misma.
- Crear un nuevo segmento con esa longitud y formando un ángulo con la horizontal dos veces mayor (ver figura 1).

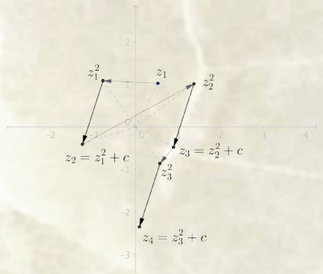


Figura 2. Elevamos z_1 al cuadrado y desplazamos c (vector negro), repitiendo la operación dos veces más.

El segundo paso consiste en moverlo en una dirección determinada una cantidad determinada (ver figura 2). El proceso consistirá en repetir la operación hasta el hastío, convirtiendo z_1 en un Joseph K. cualquiera. Si K. se va al infinito de blanca pulcritud habrá evidencia para declararlo inocente y se librará del proceso, mientras que si se va a un color oscuro, evidencia de delito, será culpable y condenado, concluyéndose el proceso.

Para visualizar qué ocurre, pintamos cada punto de un color según el patrón dado en Figura 3, más oscuro como más cerca del centro, y cambiando de color en función del ángulo. Para mostrar el resultado de elevar al cuadrado basta con pintar cada punto según el color que corresponde a su cuadrado (ver Figura 4). La operación descrita se completa con un desplazamiento (ver Figura 5).

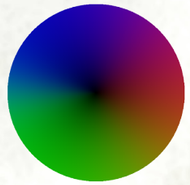


Figura 3. El disco pintado.

Figura 4. Cada punto tiene el color correspondiente al resultado de elevarlo al cuadrado.

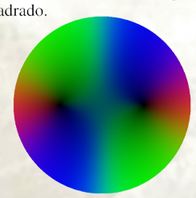


Figura 5. Disco después de, además, trasladar a la izquierda.

Ahora aplicamos la operación varias veces y observamos el resultado (ver Figura 6). Se produce un fenómeno en el que ciertos puntos escapan al infinito de la inocencia rápidamente, mientras que otros se acercan a un ciclo alternado de verde oscuro y turquesa, prueba de la culpabilidad de los puntos en cuestión. Si K. es un elemento de una de estas regiones, llamadas conjunto de Fatou, rápidamente será declarado culpable o inocente. Pero K. se encuentra más bien cerca de la zona de indefinición, donde no se puede dirimir la culpabilidad o la inocencia. Este colectivo indecidible se llama conjunto de Julia (léanse "Fatú" y "Juliá" con acento agudo, pues son apellidos de matemáticos franceses), comprende toda la zona entre las

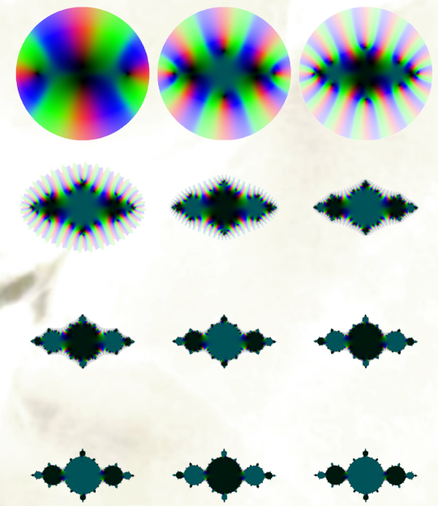


Figura 6. Primeras operaciones del proceso.

componentes de Fatou (inocencia y culpabilidad) y muestra un comportamiento caótico e inestable.

Dependiendo de la naturaleza del proceso, se pueden dar componentes de Fatou atractoras de órdenes menores y mayores (el lector interesado puede aprender más en http://www.marksmath.org y jugar un poco con sus generadores). Por ejemplo, en la Figura 7 vemos cómo van rotando tres componentes, creando un fractal similar a un dragón de Toriyama.

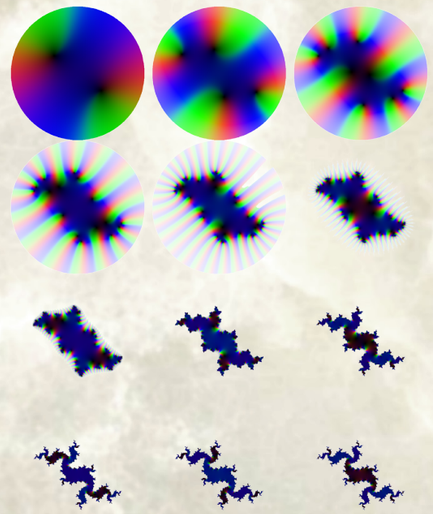


Figura 7. Iteraciones, 1 a 7,11,15,19,20 y 21.

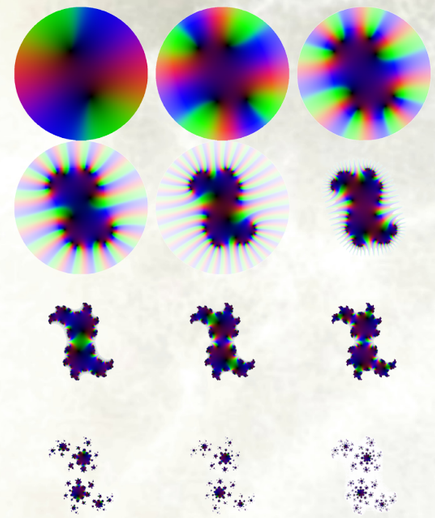
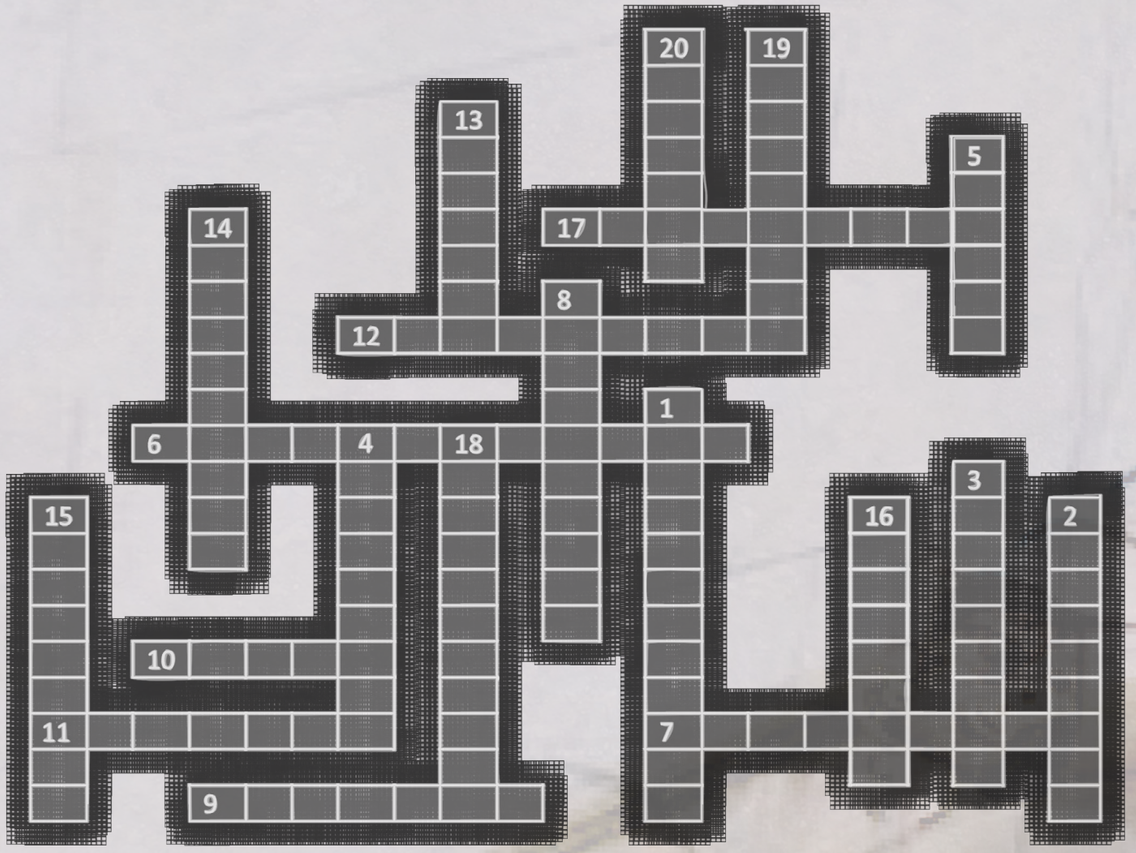


Figura 8. Iteraciones 1 a 6, 10-12, 20, 25 y 30.

En la Figura 8 se produce un fractal parecida a la sección de un brécol romanesco, pero completamente inconexa. Podemos tener situaciones muy extremas de inocencia indecidible, no habiendo culpables pero sí acusados perpetuos, como se observa en el perfil de coliflor de la Figura 9. En conclusión, en cualquier proceso de este tipo habrá acusados permanentes, señores K. atrapados sin saber qué esperar, ya sea un proceso coliflor, romanesco, Shenron o de secesión.

Figura 9. Iteraciones 1 a 6, 15 a 17, 20, 24 y 28.

P.L.A.C.E.R. pueden ser Preguntas, Letras (y números), Acertijos, Cosquillas (neuronales), Erotismo (siempre) y Respuestas.
En esta ocasión, intentamos servir todo ello en forma de **CRUCIGRAMA.**



1. La conciencia de Pinocho (nombre de pila y especie).
2. ¿Qué seducía a Nabokov muy por encima de lo que pudiese hacerlo cualquier Lolita?
3. Tiene nombre de coleóptero pero es una muñeca (de apellido Pérez).
4. Globalización *avant l'heure:* Con aguijón y nombre de cultura precolombina, dibujo animado japonés de los '80 basado en un libro alemán.
5. ¿Qué tipo de insecto cabe pensar que era Visko, el protagonista del siguiente cuento?: "¿Cómo era papá?" —le pregunta un hijo a su madre. Esta le responde: "Crujiente, un poco salado, rico en fibra". "Quiero decir antes de comértelo" —puntualiza el vástago. "Era un mequetrefe inseguro, angustiado, neurótico, un poco como todos vosotros, los machitos, Visko" —puntualiza la madre.
6. Nombre y apellido del escritor capaz de desvelarnos la verdadera naturaleza de Noé y los entresijos de todo lo que sucedió en el Arca a lo largo de esos 40 días. Todo ello contado con la objetividad de quien mira sabiendo que su presencia es ignorada. En este caso, a través de la mirada de los primeros polizontes de la historia: ¡unos insectos xilófagos!
7. Por mantener el rigor histórico y siguiendo con narraciones bíblicas: los causantes, más gourmets, de una de las plagas.
8. El título de uno de los libros de Manuel Puig hace referencia al beso de una mujer muy especial. Casi podría pensarse que podría tratarse de una superheroína.
9. En uno de los capítulos más entrañables de sus memorias, el triste e injustamente desconocido en España Marcel Pagnol, narra la épica batalla a la que asistió cuando de pequeño encerró en un frasco vacío de mermelada una mantis religiosa con 20 ejemplares de este insecto.
10. Insecto que transmite la enfermedad que da título a una de las obras más conocida de Albert Camus (por cierto, hay quien la considera deudora de *El Proceso* de Kafka).
11. El insecto "bon vivant" de la fábula.
12. Título de la segunda obra publicada por William Faulkner (si no lo adivinas, no te piques y recuerda que se trata de un escritor sureño).
13. En català: "Els insectes folladors que es senten quan truquen al telèfon del Merlí" (sí, hay gente en PLACER que también mira la tele (Nota del Consejo Editorial: sí, hay dentistas que también son "gente")).
14. Es triste pero si en Antena3 hablasen alguna vez de libros, cabe esperar que lo hiciesen a trancas y barrancas en un programa cuyo nombre no quiero recordar (sí, hay PLACER incluso en Antena3).
15. Le falta la patita de atrás, ya no puede caminar, y aunque no sale en un libro, sí lo hace en una canción (ya, esta es tramposa pero es que PLACER también es muy melómana).
16. En francés: título de un libro que estaba en casa de casi todos los que nacimos en los '70. La duda es si su éxito se debía a su calidad literaria o al poder de seducción que Steve McQueen ejerció sobre nuestras madres en la adaptación cinematográfica que de la obra se hizo.
17. Nombre y apellidos del director cinematográfico que se dio a conocer en España con una película cuyo título en castellano bien podría ser "Jugo de Gregorio Samsa".
18. Impronunciable nombre de la isla donde Gulliver debe librar una ardua batalla contra un ejército de avispas gigantes.
19. Insectos capaces de hacer volar a los niños que no quieren crecer. Todo ello, gracias a sus polvos (podríamos preguntar por su equivalente en los niños ya crecidos pero PLACER todavía no es porno).
20. Para acabar, el más peligroso de todos: pececillo de plata que come libros.

THE
A New Translation by
SUSAN BERNOFSKY
With an Introduction by
DAVID CRONENBERG
METAMORPHOSIS
FRANZ
KAFKA

BASADO EN HECHOS REALES, SEÑOR K.

Muy señor mío,
Permítame, y disculpe al mismo tiempo, la osadía de dirigirme a usted sin que nos hayan presentado previamente. No se inquiete por favor. Le prometo que no lamentará llegar al final de esta misiva.
En primer lugar no puedo más que felicitarlo por su novela *El proceso*, que he tenido el placer de leer y disfrutar recientemente. Es dicho relato precisamente el motivo de mi escrito, que no tiene otro objetivo que el de solicitarle los derechos para llevarlo al cine.
Antes de entrar en detalles, creo conveniente destacar cuáles serán las claves del éxito de la adaptación a la gran pantalla. Por un lado, y sin ninguna duda, hay que mantener la idea del absurdo, presente en toda su novela y de la que usted es un auténtico maestro. Pero, por otro lado, es imprescindible añadir la etiqueta de «basada en hechos reales». No me cabe duda de que usted domina el lenguaje literario como nadie, pero, créame, el lenguaje cinematográfico es lo mío y le puedo asegurar que dicha etiqueta vende… y mucho. Debo añadir que le escribo desde España y que actualmente nos encontramos en los albores del siglo XXI. Usted quizás no se sitúa, pero le puedo asegurar que, para la empresa que nos ocupa, partimos con ventaja.
Ahora procederé a explicarle cómo daremos vida al personaje principal de su novela, un banquero imputado y finalmente declarado culpable. Francamente no me ha sido difícil encontrar múltiples escándalos sobre banqueros en la época actual (ya le decía que partíamos con ventaja): que si las preferentes, que si las cláusulas suelo, que si las tarjetas *black*, que si el blanqueo de capitales, que si salidas a bolsa irregulares, etc. Para su tranquilidad, puntualizar que a mí todo esto, como al resto de mortales, también me suena a chino. Volviendo a lo que nos ocupa, sí tengo que reconocer que me ha sido mucho más difícil encontrar algún banquero declarado culpable. Finalmente, y después de varias noches en vela consultando la hemeroteca, he dado con un caso real: el del señor Mario C. ¿Qué puedo decir del señor C.? Abogado y banquero brillante con un ascenso profesional y social meteórico, admirado, envidiado y laureado hasta que acabó descendiendo a los confines del infierno a causa de una ambición desmesurada. ¿Qué le parece? Por favor no se frote las manos todavía, lo mejor está por llegar.
A continuación me centraré en un aspecto, *a priori* sin importancia, pero que también debemos resolver: la duración del proceso. Llámeme meticuloso, pero es que en el cine no se puede dejar nada en manos del azar: el diablo está en los detalles. Curiosamente su novela habla de procesos mucho más largos para otros personajes secundarios, pero en el caso del personaje principal el proceso sólo dura un año. ¡Señor K., no me lo ha puesto nada fácil!. Sepa usted que en este lugar y época no hay proceso que dure menos de cinco años. Por ello, he decidido que nos podíamos permitir una ligera licencia cinematográfica, y mantener los siete años reales que duró el caso del señor C. Increíble, ¿no? Déjeme que le pregunte: ¿no es esto mucho más ilógico que el caso de su novela?

Para el final he dejado lo más importante, la explicación de cómo adaptaremos la trama principal de su novela, o sea ese proceso judicial absolutamente opaco, donde el acusado no conoce en ningún momento ni las causas por las que está imputado ni el protocolo que rige el proceso. ¡Brillante, señor K.! Atendiendo al caso concreto del señor C., debo admitir que las causas eran conocidas desde el primer momento. Su ambición lo llevó a ser acusado de «apropiación indebida y estafa» (o sea, un mangante en toda regla), pero tanto la complejidad del proceso, el desarrollo y los detalles del mismo, así como la sentencia definitiva, generaron una confusión e incredulidad tal que compensa con creces esa falta de opacidad inicial. Permítame que le dé cuatro datos y verá que al final el resultado es el mismo. Como ya le había avanzado, el proceso duró más de siete años, la sentencia definitiva tenía más de cuatrocientas páginas y en ella podemos encontrar más de un centenar de acusaciones entre federaciones, fondos, asociaciones, agrupaciones, colectivos varios y particulares. ¿Empieza a ver ya el enredo de la historia? Le aseguro que la comprensión del proceso y la sentencia están únicamente al alcance de unas pocas mentes privilegiadas. Por mi parte sólo he conseguido entender alguno de los múltiples hechos probados. A destacar la retirada de caja de trescientos millones de pesetas —no se esfuerce en averiguar nada sobre la peseta, ya le digo yo que es mucho dinero— cuyo supuesto destino era un expresidente del gobierno, y que se llevó a cabo mediante dos bolsas de deporte que circularon por garajes y otros sitios, a cada cual más disparatado. Señor K., no sé usted, pero yo me emociono solo con imaginar cómo llevaremos estas escenas al cine.
Como puede ver, en esta historia confluyen el desatino y la necedad de algunas situaciones delictivas con lo complejo e irracional de la burocracia, del lenguaje y del sistema judicial. ¡Dios! ¡Más de siete años y cuatrocientas páginas para probar que el acusado simplemente era un «auténtico chorizo»! Disculpe la vulgaridad, pero es que tanta indignación me perturba.
Retomando el hilo de nuestro proyecto, ¿usted cree que el público notará la diferencia con el enfoque de la novela original? ¡Ya le digo yo que no! Es más, señor K., creo que nos encontramos ante una historia que, precisamente, va mucho más allá de lo absurdo e insólito de su novela. No se alarme por favor, prometo concederle todos los méritos, y para ello ya he pensado en acuñar un término que refleje tanto la grandiosidad de la película como su estilo en ella reflejado. Créame, conseguiremos que las generaciones futuras se refieran a ella como algo francamente «kafkiano». ¿Qué le parece este nuevo calificativo? Sublime, ¿eh?
Señor K., espero ansioso su respuesta y también que le encaje mi propuesta. Intuyo un proyecto de éxito que le aportará los recursos necesarios para retirarse al sanatorio que considere oportuno —lamento la mala racha que lleva usted en los últimos años— y poder dedicarse el resto de sus días total e íntegramente a la escritura, su máxima ambición tal y como me ha llegado por medio de un conocido común, el señor M. Luego ya quémelo todo, si usted lo desea, o entrégueselo a su amigo Max, que seguro cumple sus últimos deseos. En cualquier caso, nuestra obra perdurará para siempre.
En espera de sus noticias, le saluda muy afectuosamente,
Señor R.

Nota: El proceso se ha adaptado al cine y al teatro en varias ocasiones. La adaptación más conocida, sin duda, es la de Orson Welles, con Anthony Perkins como protagonista. Sin embargo, este autor puede asegurar que ninguna de ellas ha llevado la etiqueta de «basado en hechos reales»… hasta el momento.

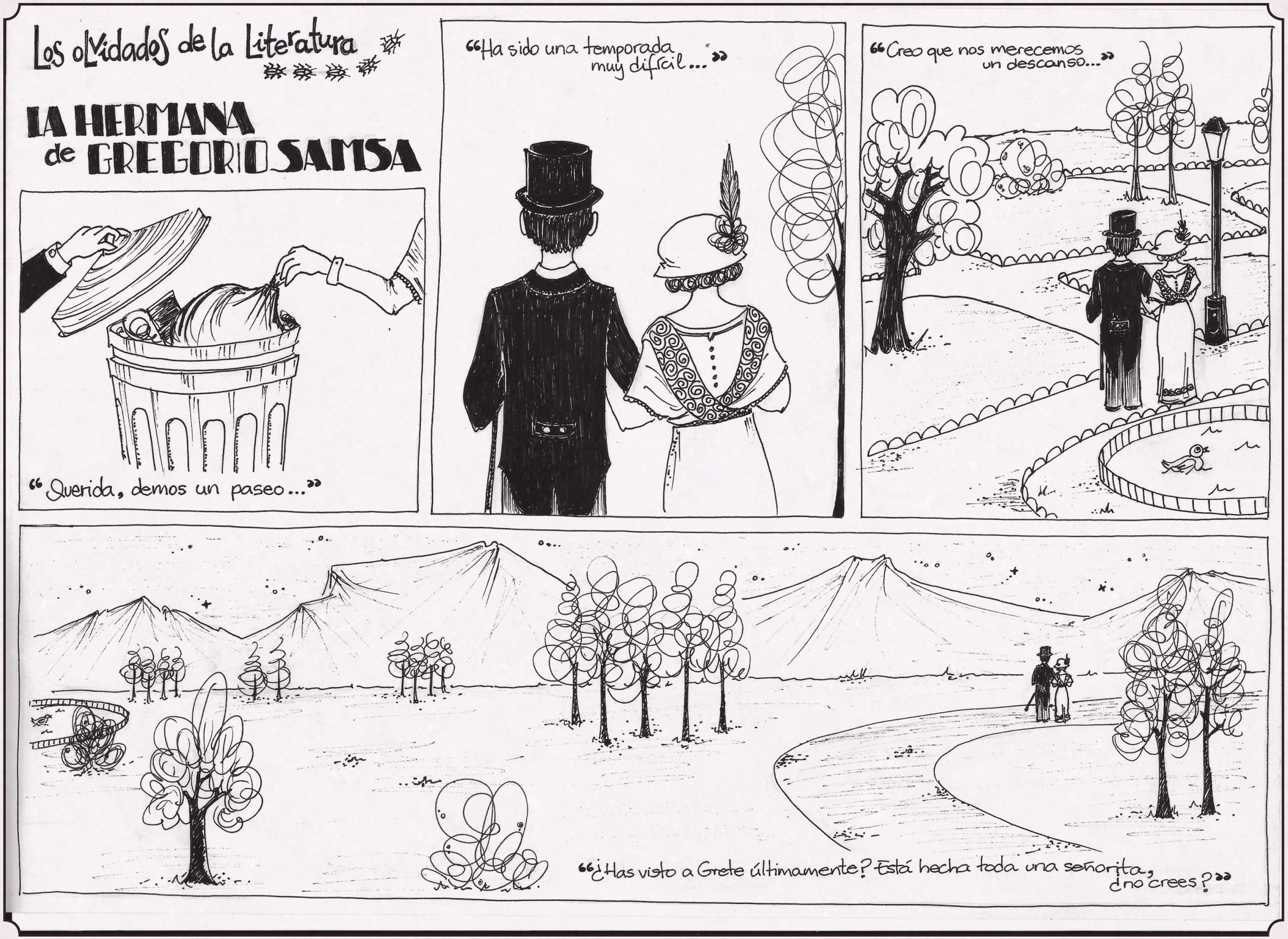
DORA

EL AMOR DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Te he amado en mis últimos días como gitano.
¿Te gustan los enfermos, los gitanos y los tullidos?
Siempre mendigamos una cena a los pies de vuesa merced.
Somos amigos de judíos, y cuando la noche cae en nuestras podridas madrigueras leemos a Marx y Kafka.
Payasos formados como te gustan, que mezclan el castellano con tinta porteña, y fuman largos cigarrillos que rompen las normas al durar el triple que los descansos del trabajo. Nosotros los hacemos con la esencia de tu desprecio.
Con el vómito del cálculo racional hicimos cosas bellas: títeres, revistas y cuentos. Personas con cuerpos de madera que imitan tus ademanes de princesa. No están exentos de ironía, están llenos de odio, de la rabia de los pobres ante la puerta de tu mirada azul.
Para ti no tengo más que un beso.
Un beso en tu mirada azul de cielo marchito.
Si supieras cuantas noches me he torturado pensándote al cabo de las cuales solo tenía un paraguas y un café.
Un cigarrillo y te pienso: anciana como yo besándonos a escondidas de tu marido (ese cerdo).
Un cielo fugaz y violento está tras nosotros y el doble de azúcar nos define en este ámbito.
Odio tu brillantez. Te amo tanto que estoy muerto. La sal del tiempo ha corroído mi cara, es una calavera la que te habla, la bicicleta infantil que vuelve a rodar.
En tinieblas te defino como mi ángel, la luz que define de manera concisa la decadencia mutua que debemos vivir, hasta caer sepultados bajo las tinieblas del barrio.
Y cuento con amigos, tristes y hechos de trozos, como los apóstoles: somos los mendigos que fuman bajo tu casa y adoran los pies de obrera que cuando el calor renace muestras bajo la mesa.
Mi amada obrera, semilla de luz, reina de la autopista; marxista y dulce como los tanques atravesando Praga. Hace siglos que te sueño.

PLACER

PLACER


Los olvidados de la Literatura
LA HERMANA de GREGORIO SAMSA
"Querida, demos un paseo..."
"Ha sido una temporada muy difícil..."
"Creo que nos merecemos un descanso..."
"¿Has visto a Grete últimamente? Está hecha toda una señorita, ¿no crees?"

CONVERSACIONES
ENTRE UN PECHO Y UN ESCARABAJO

Una entidad, de la que voy a omitir el nombre, decidió imitar la campaña publicitaria para televisión de un conocido banco en la cual dos personajes famosos conversaban sobre temas de la vida (¿y cuáles no lo son?). Acepté el encargo por razones que no vienen al caso. La entidad exigió usar el mismo formato: dos butacones con los protagonistas sentados, fondo oscuro, iluminación sobre los contertulios e imágenes en blanco y negro, pero en esta ocasión el tema elegido era la narrativa corta de Kafka (por motivos sobre los que tampoco conviene especular) y los personajes famosos eran, por un lado, Gregor Samsa, protagonista (ya transformado) de *La metamorfosis* de Kafka y por otro lado David Kepesh, protagonista (también transformado) de la genial historia *El pecho* de Philip Roth, cuento de reconocida influencia metamorfósica.

Previamente, contactamos con los invitados para que pudieran prepararse la conversación. Esto era muy importante, pues una especie de escarabajo y un pecho femenino, ambos de gran tamaño, al padecer las incomodidades de su condición, requirieron de ayuda para revisar, o conocer por primera vez si no lo habían hecho ya, la obra de Kafka. Luego, me mantuve ya detrás de las cámaras moderando el debate, si algo no servía se podía eliminar en posproducción.

La conversación empezó así:

—DAVID: Yo antes era profesor de literatura, como todo el mundo sabe, y por culpa de Kafka me convertí en pecho. Ya lo dije con anterioridad: tantos años enseñando esos libros han provocado, en parte, que me convierta en un pecho gigante.

—GREGOR: A ti no te creó Kafka, te creó Philip Roth. Tú no eres más que una burda imitación, yo soy el original. Si alguien tiene alguna cuenta pendiente, ése soy yo.

—DAVID: Yo soy una versión mejorada de *La metamorfosis*, soy la suma de Freud y Kafka, ¡qué sabrás tú!

Tuve que reconducir la situación y exhortarlos a que opinasen desde un plano menos personal y más literario:

—GREGOR: Bien, podría decir que Kafka a veces parece diseminar la realidad en fragmentos haciéndose preguntas que pasarían desapercibidas para otros. A veces me parece frío, pero de pronto se vuelve sensible. Me confunde. En sus narraciones hay aforismos muy complicados.

—DAVID: A mí me divierten los juegos de palabras o las reflexiones semánticas, como la que hace en *La excursión a la montaña* sobre la palabra *nadie*.

—GREGOR: ¿No crees, David, que a veces es demasiado pretencioso cuando intenta axiomatizar la realidad? Eso no está al alcance de cualquiera, aunque quizá sí lo esté de él. En *Decisiones* parece lograrlo.

—DAVID: El lector medio se puede volver loco intentando adivinar si tiene o no que interpretar lo que lee. A veces la historia fluye muy literal, te dejas llevar, y dentro de ese conformismo llegas a un punto en el que te preguntas si no estará queriendo decir otra cosa. ¿Sabes que Stanley Corngold, colega mío, ha contabilizado más de 150 interpretaciones de la obra que te da vida?

—GREGOR: De tanto interpretarlo se le ha tildado de todas las clases de ideología posibles. Al final Kafka es lo que cada uno quiera que sea. Eso sí, hay temas recurrentes que le obsesionan, como la justicia o el comportamiento humano en el plano social, y eso no es opinable.

En este punto empezó lo inesperado: apareció, sin más, el joven Karl, protagonista de *El fogonero*. Mis miradas censoras a seguridad no sirvieron de nada, pues contra la aparición imprevista de éste y de los que vinieron después, poco podíamos hacer los mortales corrientes, sólo dejarnos llevar y esperar acontecimientos. Sin más, se sumó al grupo:

—KARL: Precisamente yo represento la anteposición de los intereses personales a la defensa ferviente de una causa justa. ¡En cuanto yo supe que era el sobrino de alguien poderoso me di cuenta de que defender a ese mequetrefe del fogonero comprometería mi nueva posición!

—DAVID: Normal, tú representas la moral corrupta del ser humano, tema recurrente en su obra. Por ejemplo, en *Un maestro de pueblo* se puede llegar a la conclusión de que no siempre la búsqueda de la verdad interesa, ¡es mejor no verla, no mostrarla!

—GREGOR: También en *Un estudiante con ambiciones* se ve algo parecido. Aquí la conclusión es más triste: alguien convencido de tener razón puede flaquear ante la dictadura de la mayoría que cree lo contrario.

Me hubiera conformado con el cariz que tenía la conversación, muy literaria, si no hubieran aparecido las malditas pelotas del relato *Blumfeld, un soltero de cierta edad*. Empezaron a seguir a Karl para desesperación de éste, botando incesantemente, igual que en la narración. Una de las pelotas empezó a botar cada vez más fuerte, hasta que comprendí que quería alcanzar también al protagonista de *La primera desgracia*, el trapecista que nunca se bajaba del trapecio y que nos miraba desde más arriba de los focos. Cómo y cuándo había llegado hasta allí nadie lo sabía. El trapecista lloraba, cómo no, pidiendo un segundo trapecio. David parecía tener algo que decir, así que ignoré los nuevos elementos y le di la palabra.

—DAVID: Dos apuntes: es innegable la capacidad observadora de Kafka, de un gesto cotidiano como asomarse a una ventana es capaz de construir una intención alrededor. Y por otro lado, respecto a las interpretaciones, creo que resulta más placentero elegir una, si puedes, y seguir la lectura con ella, porque en caso contrario te puedes sentir muy perdido.

—KARL: ¡Qué listo! Como que resulta tan sencillo. No es nada fácil, es igual de complicado que librarse de estas asquerosas pelotas. ¡Sus narraciones están llenas de alegorías! Y muchas veces no sabes de qué, yo también me vuelvo loco. Por ejemplo, ¿qué interpretación encuentras tú en *En la colonia penitenciaria*? Lo encuentro sádico.

—DAVID: Si lo encuentras sádico es porque te has puesto en la piel del protagonista, entonces ya has reflexionado sobre la tortura, sobre el hecho bárbaro de la condena, ¿no es eso una interpretación?

Se quedaron los tres pensando sobre este comentario. Fue Gregor quien rompió el silencio:

—GREGOR: ¡Este hombre sólo veía el lado negativo! Yo creo que estaba frustrado por su trabajo. En *Blumfeld, un soltero de cierta edad* hace parecer mezquinos a los compañeros de trabajo de Blumfeld. En *Un médico rural* el médico parece estar viviendo un episodio de locura, está frustrado por su fatal destino y lo afronta con el estoicismo de los que creen en el destino como algo irremediable contra lo que no se puede luchar. En *Mi trabajo* la competencia vuelve loco al protagonista. ¡Hasta en *Poseidón* convierte en aburrido el trabajo de un dios! ¿No sabía adaptarse a los nuevos tiempos?

—DAVID: ¡Kafka tenía alma sindicalista! ¿No te das cuenta de la terrible crítica que encierran

→

PLACER

esas narraciones? ¡Es el sufrimiento de los trabajadores! Está viviendo los albores del capitalismo.
—GREGOR: Un inadaptado y un triste, eso era.
—KARL: Fue mi creador, ¡un respeto!
—GREGOR: También fue el mío, y mira lo que me hizo.
—DAVID: Y no sólo eso, era un defensor de las causas justas. Relatos como *El cubo de carbón* dicen mucho de su sensibilidad. Denuncia los grandes padecimientos del pueblo ante sus gobernantes, como en *Un viejo manuscrito*. Además, también exalta valores positivos como la amistad en *El paseo repentino* o defiende disfrutar del camino en lo que haces, como en *El intercesor*.
Que un barco llegara al estudio no me pareció tan extraño, después de todo. Cuando lo vi sabía perfectamente que el cazador Gracchus iba a asomarse a la proa preguntando por el puerto más cercano. En seguida la atención se fue de nuevo al trapecista, que tuvo que ingeniárselas para que el mono Pedro el Rojo no le quitara sitio en su trapecio. Sin darme cuenta, el Odradek se sumó a la conversación, sin mucho que aportar:
—ODRADEK: Soy el Odradek.
—GREGOR: Desde luego, David, te he de reconocer que Kafka no era hipócrita. Creo entender en *Infames* una alegoría sobre la hipocresía. No todo van a ser críticas por mi parte. Pero insisto en su poca pasión por cuanto lo rodeaba. Me impactó mucho una frase de *Informe para una academia*: «Y así como la libertad pertenece a los sentimientos más elevados, el fraude correspondiente equivale al mismo nivel». No sólo porque esté de acuerdo me parece brillante.
—DAVID: Un gran crítico de su tiempo, en eso estamos de acuerdo. No podemos olvidar su biografía, sus demonios personales marcan toda su obra. Me alegra haber llegado a un punto en común.
—GREGOR: El placer también es mío.
Para cuando me quise dar cuenta un perro parecía estar atento a todos nosotros. El ayunador, encerrado en su jaula, nos miraba de reojo pidiendo una atención que sabía perdida de antemano. Josefina y sus silbidos ponían la banda sonora mientras intuía, unos metros más a abajo, al dueño de la guarida arrastrando sus enseres. Distraídamente me rasqué la ingle, y es curioso cómo David, que debido a su ceguera (era un pecho gigante sin ojos) no parecía darse cuenta de muchas cosas, sí percibió este gesto, al que correspondió con un inquietante mensaje:
—DAVID: Ten cuidado, con un picor en la ingle empecé yo y mira lo que me pasó. ¿En qué te vas a convertir tú?
Ahora, triste de mí, relato lo sucedido con el único consuelo de que estos hechos sean conocidos por el mundo entero, ya que la promoción nunca llegó a emitirse y yo me encuentro encerrado en esta novedosa, absurda y tormentosa forma de la que no daré detalles por vergüenza y dignidad. Cuidado con Kafka.

PLACER

PLACER

VIAJES DE GOZO Y PLACER

En el prólogo ya avisábamos/dábamos muestras de nuestro comportamiento esquizofrénico (aprovechamos para ilustrar esta actitud con dos (1 y 2) de los mayores gags de la historia de la televisión (por cierto, sí, las reuniones del Consejo Editorial se asemejan bastante a lo que hacen esos dos viejecillos de naturaleza bipolar)). Así, a la vez que esperamos de corazón que les haya gustado este número dedicado a la enorme figura de Kafka, deseamos que sufran la más horripilante de las torturas (por ejemplo que se hayan aburrido mucho) si no han leído de forma completa cada una de las páginas de la revista. Igualmente, no se preocupen. No vamos a desearlo muy fuerte (con los ojos cerrados y los puños bien apretados). Estamos exhaustos, extremamente agotados de ir de aquí para allá y de allá para aquí. Un año entero cruzando el Atlántico de un lado al otro sin descanso. Por lo que, aprovechando que estamos en la vieja Europa nos vamos a quedar una temporada en casa. Ya habrá tiempo para visitar otros lugares del globo; tenemos muchas ganas de visitar Oriente, por ejemplo. Así, en un trayecto de poco más de dieciséis horas en coche, cual Ginsberg y Kerouac en un Pontiac de los años cincuenta, nos volvemos a Barcelona a pasar el crudo invierno. En la vetusta Praga dejamos este golem de papel maché que es Placer, conformado hasta el momento por la literatura más elevada (bueno, recuerden que colamos a los beats). Ahora toca algo más cercano, y más transgresor (si Dylan tiene el Nobel, nuestro próximo autor tendrá PLACER). Abordaremos pues a uno de los últimos humanistas de la Barcelona del siglo pasado: poesía (sobre todo poesía), novela (negra, por cierto), ensayo, periodismo, etc. ¿Ya lo han adivinado? Cada vez las pistas son más fáciles, el nivel del lector medio de la revista es el que es, es decir, indeciblemente maravilloso y pésimo y sublime y atroz y excelso y abominable. Bueno, hasta la próxima. Ya saludamos nosotros a nuestras madres (que no tienen la culpa) de su parte.

CERDITOS

Al parecer, Kerouac asumió al fin la lógica de Kafka cuando escribió:
«En mi armario de las medicinas, las moscas del invierno. Han muerto de vejez».
¡Estúpidos insectos bajo el yugo
de un poder cruelmente invisible y omnipresente!
No lo olviden cuando despierten
convertidos en un ser deforme con visión estereoscópica.
Este es el fin último de esta revista, ya están avisados desde el primer número.
Hasta pronto…

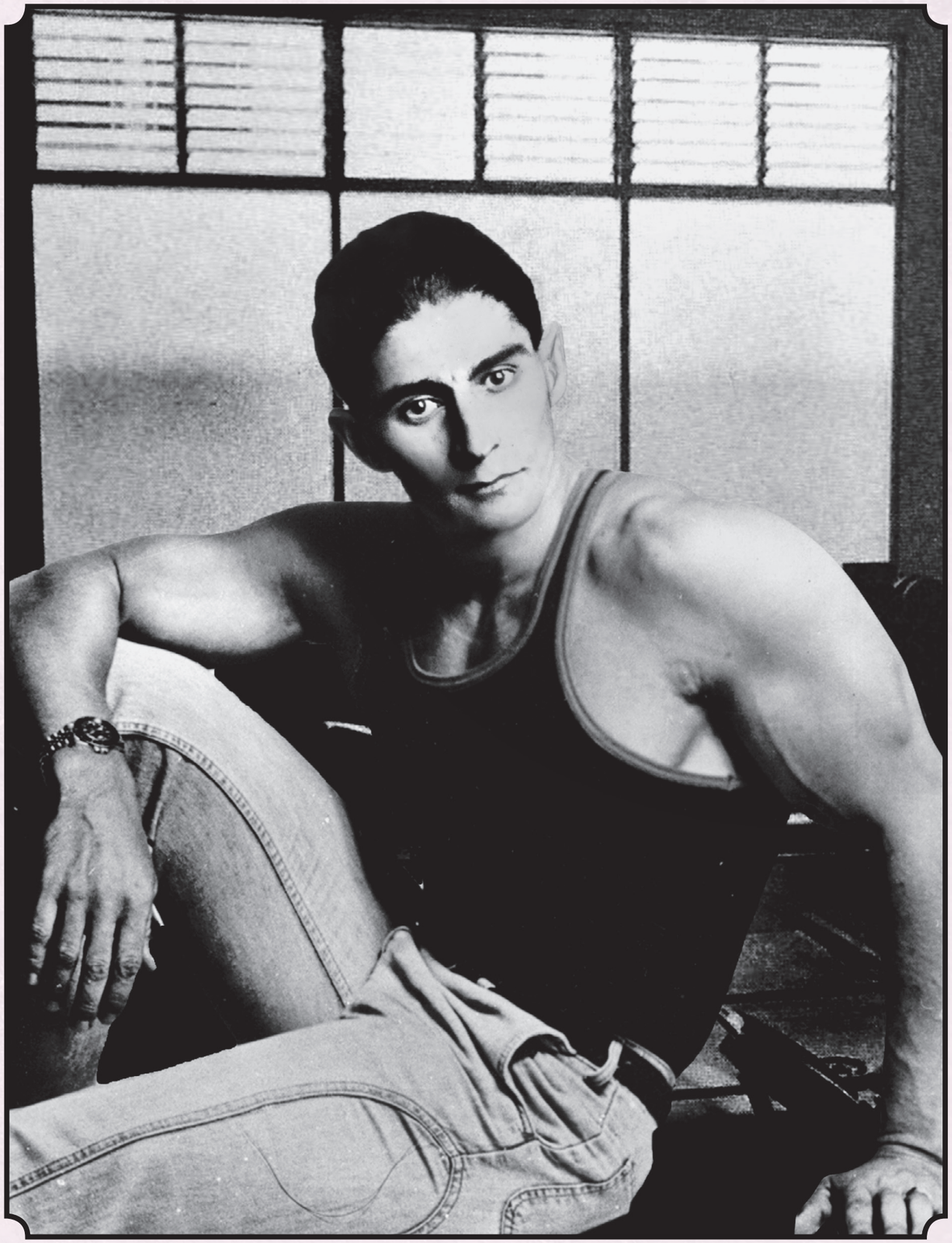
PLACER

emana de la asociación

La Mordida Literaria

y en este número han participado:

Pedro Vizán (Biografía, Kafkanario y Procesos cotidianos)
Esteban Barbaría (Déjalo para..., Procesos cotidianos y guión Los olvidados)
Presidente López-Canut (El artista del hambre)
Dani Ites (Imagen de K.)
David Pérez (Praga en noviembre y Dora)
Carme Ribas y esposo (Empatía ilustrada)
Roby (Caricaturas Kafkanario y Familia Samsa)
Arnau Quiles (Kafka meets Joseph Campbell)
Lou Flanagan McCloud (K. contra la kafkología)
Martí Prats (Procesos sin escapatoria)
Jandrus (Crucigrama)
José Luis Infante y Carles Civit (Papiroflexia)
Ramon Aumedes (Basado en hechos reales)
Àngels Piédrola (Dibujo Los olvidados y Asuntos web)
Alberto Carreño (Conversaciones con un pecho)
Carme Ribas e Isabel Grau (Subcomision Hortografica)
Víctor Fernández-Dueñas y Marcos Pérez (lo demás)

Consejo Editorial:
Marcos Pérez
Víctor Fernández-Dueñas

placer@lamordidaliteraria.com